
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
El TUNEL
TRASATLANTICO
por el PROFESOR HASLEY.-


Profesor Hasley
EL TÚNEL TRASATLÁNTICO
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

PRINTED IN SPAIN
Depósito Legal: V – 90 – 1959
EDITORIAL VALENCIANA – VALENCIA

EL TÚNEL TRASATLÁNTICO



CAPÍTULO PRIMERO

Hacía tiempo que la rápida y aplanada lancha discurría sobre las aguas rojizas.

Una gran extensión del mar estaba teñida con aquel tinte terroso y Mark Freeman oteaba la lejanía, esperando que apareciera, de un momento a otro, la cilíndrica torre de aluminio.

Durante muchos años había estado preparándose para emprender la labor que se aproximaba. Casi desde su infancia había sido seleccionado para recibir una educación especial que le permitiera intervenir eficazmente en el más maravilloso proyecto que concibiera la mente humana, y se sentía orgulloso y contento de que, por fin, hubiese llegado el momento de demostrar que no habían sido vanos los desvelos que por él se tomaran en el Instituto de Preparación para el Proyecto Landers.

El hombre que comandaba la embarcación miró a Mark y tomó la palabra:

—Es la tierra, ¿sabe? —dijo—. Más de dos mil quinientas millas cuadradas de mar se ven enturbiadas de esta manera a causa de la constante lluvia de tierra que cae sobre su superficie.

Mark sonrió y asintió con la cabeza.

—No me gusta navegar por estas aguas —continuó el jefe de la embarcación—. Cuando fui destinado a este servicio, no sospechaba que acabaría cansándome de ver estas aguas cenagosas. ¡Es tan hermoso el mar en otras latitudes!

—¿Lleva mucho tiempo aquí? —preguntó Mark.

—¿Tiempo? ¡Doce años! ¡Es más que suficiente para mí!

—¿No le gusta este trabajo?

—Al principio estaba emocionado. Resultaba un gran honor participar, aunque fuera modestamente, en el proyecto Landers. Pero no me gusta ver estas aguas rojizas. Cuando hay temporal son olas de barro las que se le vienen a uno encima.

—¿No hace más que el transporte de viajeros?

—Ésa es mi misión. Los aviones o los grandes barcos atracan en la base flotante número seis y desembarcan los viajeros que van destinados al proyecto Landers. Luego, mis lanchas rápidas se encargan de transportarlos hasta su destino.

—Tengo entendido que el proyecto tiene su propio equipo de aviones —repuso Mark.

—Sí, pero casi no se emplean más que para hacer el viaje de regreso.

La conversación quedó interrumpida y Mark se sumió en sus meditaciones.

Aquel fantástico proyecto llevaba el nombre de uno de los ingenieros más audaces y de cerebro más brillante de los que había dado la especie humana. Erik Landers dejó de existir cincuenta años antes del momento en que comienza nuestro relato, pero su obra se perpetuaría a través de los siglos, y su nombre sería escrito para la posteridad a la cabeza de cuantos la continuaron pacientemente, entre los cuales había de figurar desde aquel momento el de Mark Freeman.

Desde las costas de Europa y los Estados Unidos, arrancaban los dos poderosos brazos del túnel submarino que había de unir «a pie enjuto» los dos continentes.

Éste había sido el sueño de Erik Landers y a él y su equipo de colaboradores se debían los planos iniciales de la magna empresa, cuya realización se emprendiera cincuenta y ocho años antes de que Mark fuera a ocupar su puesto.

El Instituto de Preparación para el Proyecto Landers fue creado para preparar a los hombres que habrían de continuar la tarea cuando sus iniciadores fueran muriendo. Una selección muy rigurosa había presidido siempre la elección de los sucesores de aquellos esforzados pioneros, a los cuales se dotaba de

conocimientos especiales para que su incorporación al trabajo no supusiera un descenso en el rápido progreso del túnel.

Mark estaba teóricamente al corriente de los más minuciosos detalles de tan extraordinaria obra. En su mente habían sido inculcados profundos conocimientos de ingeniería, geología, oceanografía, etc... los cuales iban ahora a dar su rendimiento.

El túnel atravesaba en aquel instante el lugar más profundo del océano Atlántico y era necesario hacer una excavación más honda en el lecho del mar para compensar el considerable aumento de presión que ejercían las aguas del océano.

Aquella especialidad era la de Mark y tal era el motivo de que se viese navegando sobre las sucias aguas, en compañía de aquel viejo marino que tan poco a gusto parecía encontrarse.

—Ya se divisa la torre de inmersión número 1 —dijo el marino, sacándole de su abstracción.

Mark levantó los ojos y miró hacia el lugar que señalaba con el brazo extendido el lobo de mar.

Un punto brillante centelleaba sobre la superficie marina, aunque el sol apenas podía filtrar sus rayos entre una espesa nube de polvo que lo cegaba parcialmente.

—Eso es un infierno —gruñó el jefe de la embarcación—. Ese polvo es capaz de meterse hasta dentro de los propios huesos de uno.

—Tengo entendido que la tierra es mojada antes de su expulsión —dijo Mark.

—Así lo tengo entendido, pero sale a tal altura y con tal velocidad que una buena parte de ella se seca antes de caer al mar nuevamente, esparciendo esa horrorosa nube de polvo.

Avanzaron unas cuantas millas más y el patrón de la nave le alargó una careta.

—Póngase esto si no quiere que sus pulmones se llenen de ese maldito polvo —gruñó el marino—. Una vez hice el viaje sin careta y, a pesar de que llevaba mi embarcación completamente cerrada, estuve escupiendo barro durante un mes.

Mark cogió la careta y se la puso, imitando a su acompañante. Los otros cuatro hombres que componían la tripulación hicieron lo mismo.

En cuanto entraron en la zona barrida por el polvo, el comandante de la embarcación hizo una seña al piloto y éste aceleró la nave, haciéndola deslizarse a trescientas cincuenta millas por hora, que era su velocidad máxima.

En muy poco tiempo alcanzaron la torre de inmersión número 1

y Mark pudo verla a su antojo.

Sobre la rojiza superficie del mar se erguían los doscientos treinta metros de su estructura de plástico transparente, como un solitario centinela del océano.

Una rampa de aluminio, plegable como un puente levadizo, arrancaba de la misma superficie hasta llegar a una altura de unos cuarenta metros, donde se abría una puerta que conducía al interior de la torre.

Varios hombres, protegidos con caretas similares a la que él llevaba, esperaban al pie mismo de la rampa. Su cuerpo estaba protegido por un traje color naranja hecho de una sola pieza y unos guantes y zapatos especiales cubrían sus manos y pies.

El patrón de la lancha se quitó la careta y estrechó la mano de Mark.

—Espero que todo le vaya bien en ese nido de comadrejas —dijo señalando significativamente la torre—. Yo me vuelvo a la base con la mayor rapidez posible.

—Muchas gracias —sonrió Mark—. También yo deseo que tenga un buen viaje de regreso.

Se había quitado la careta para poder contestar al viejo lobo de mar y no tardó en sentir en su paladar el gusto indefinido del polvo que inundaba la atmósfera.

—¡Hasta la vista!

—¡Hasta la vista! —respondió Mark.

La rápida lancha comenzó a despegarse de aquel atracadero y no tardó en perderse en la lejanía, dejando a Mark sobre la metálica rampa.

Uno de los hombres que esperaban le estrechó la mano silenciosamente y le hizo seña para que ocupase un asiento en una especie de vagoneta que se hallaba al borde mismo del agua, luego se sentó él mismo e hizo seña a sus compañeros para que ocupasen otros vehículos semejantes.

Las vagonetas comenzaron a subir por aquella rampa, deslizándose sobre un carril dentado que los llevó al interior mismo de la torre. Una vez allí se detuvieron sobre una plataforma circular y la puerta de entrada se cerró automáticamente.

Todos se quitaron las caretas y Mark pudo verles las caras.

—Perdone que no me haya presentado antes —dijo el hombre que le había estrechado la mano—, ¡pero es muy desagradable tragar ese polvo!

—Lo comprendo —sonrió Mark.

—Me llamo Oliver Cornell y trabajo directamente a las órdenes

de Moses Taylor.

—Yo me llamo Mark Freeman —sonrió nuestro amigo.

—Ya lo sé —repuso Cornell—. Me informó el profesor Taylor de quién era el visitante que esperábamos.

—¿Se encuentra bien el profesor?

—Resiste su edad maravillosamente. Él solo vale más que cien de nosotros juntos. Ahora está impaciente esperando la llegada de usted y con enormes ganas de que comience la nueva excavación.

—No creo que tardemos mucho en emprenderla. El estudio teórico de la zona y los cálculos previos hace mucho tiempo que los tengo hechos.

—¡Será un paso definitivo en nuestra empresa! —exclamó Cornell.

Mark no dejó de observar el gran cambio que se había producido en el ambiente al entrar en la torre.

Aquí el ambiente era de una pureza extraordinaria, pues la atmósfera interior estaba perfectamente regulada. Todo estaba limpio y en perfecto estado, resultando muy agradable a la vista.

—Vamos abajo, muchachos —dijo Cornell.

Desde una cabina situada a unos metros sobre las cabezas de aquellos hombres, alguien pulsó un botón y la plataforma donde se habían posado las vagonetas comenzó a descender rápida y silenciosamente.

—Son perfectos estos ascensores hidráulicos —ponderó Mark.

—Todo lo que hay aquí es maravilloso. No cabe duda de que los que han trabajado antes que nosotros sabían hacer bien las cosas —sonrió Cornell.

Unos segundos más tarde se detenía la plataforma-ascensor y Cornell hacía una seña a Mark para que descendiese de la vagoneta.

—Voy a hacerle entrega de nuestro uniforme oficial —sonrió Cornell—. No puedo negar que, a veces, es útil.

Se habían aproximado a una cabina donde estaban varios hombres de guardia.

—Te traigo un cliente, Bob —dijo Cornell al que estaba encargado de aquel servicio—. Espero que quede complacido.

—Desde luego, señor Cornell —sonrió el llamado Bob—. Tengo una bonita colección de primavera que, estoy seguro, habrá de encantar al señor.

El aire jocoso del diálogo hacía sonreír a Mark, mientras esperaba pacientemente a que se resolviera la cuestión.

Bob abrió unos armarios y extrajo de ellos varios trajes de una

sola pieza, como los que llevaban los hombres que habían salido a recibir al recién llegado.

Todos los trajes eran iguales excepto en la talla, de la que había varios tamaños.

—Creo que éste le sentará bien, señor —dijo seriamente el empleado que llevaba aquel servicio.

Mark se lo puso sobre la ropa que llevaba y pareció quedar conforme.

—Un poco estrecho, pero me quedará bien en cuanto me quite el traje que llevo puesto.

—Entonces podemos proseguir nuestro camino —repuso Cornell.

—¿Y en qué consiste la particularidad de este traje? —preguntó Mark.

—Ahora mismo va a verlo. Apaga las luces, Bob.

El aludido dio la vuelta a un interruptor y la cabina quedó en la oscuridad. Pero un segundo más tarde, Mark vio que una luz fosforescente, que emanaba de los trajes, iluminaba con suavidad la habitación.

—¿Comprende ahora, amigo Freeman? —dijo Cornell.

—Ya veo que son fosforescentes estos trajes.

—Esto tiene una doble finalidad —continuó Cornell—. Por una parte nos permite vernos en los lugares poco iluminados y evitar muchos accidentes. Otra cosa es la posibilidad de encontrarse trabajando en algún lugar apartado y sufrir un apagón de luz. El traje sirve de linterna eléctrica para poder retornar a uno de los centros de control.

Aunque la cosa no tenía nada de asombroso, no por ello resultaba menos chocante para Mark. La luz fosforescente de los trajes daba a todos los personajes allí reunidos un aire fantástico e irreal, haciendo que sus movimientos parecieran producirse en una atmósfera de sueño o pesadilla.

—Adopto con gusto el modelito —sonrió Mark, empleando el mismo tono desenfadado que sus nuevos amigos.

—Por esta vez no tiene que pagarlo —repuso Bob con cierto gracejo en la voz—. Es regalo de la casa.

—Entonces tenga la seguridad que seré un fiel cliente.

Cornell distendió sus labios en una franca sonrisa y exclamó:

—¡Me gusta usted, Freeman! ¡Creo que tendremos un buen jefe!

—Llámeme Mark. Es más corto.

—De acuerdo. Usted puede llamarme también por mi nombre.

—Y ahora proseguiremos nuestra marcha, ¿no es así?

—Así es, Mark. Primero quiero que conozca la parte terminal del túnel. Mañana o pasado puede recorrer los dos mil kilómetros que hay desde la costa de Europa hasta la sección terminal de este tramo.

—Sí que lo haré. El tramo americano ya lo conozco por haberlo recorrido como visitante antes de ser destinado oficialmente al Proyecto.

—No difieren gran cosa, pero no estará de más que usted lo vea.

Enlazados en amistosa charla abandonaron la cabina de Bob y se introdujeron en el túnel propiamente dicho.

Una suave pero clarísima luz indirecta iluminaba por dentro la gigantesca construcción, haciendo resaltar con claridad todos sus detalles.

El túnel tenía unos treinta metros de diámetro y todo él estaba construido con una brillante y extraña mezcla de aluminio y material plástico.

Tanto su bóveda como las paredes laterales eran superficies curvas y sólo la parte que correspondía al suelo era plana.

En esta parte plana se dibujaban varias pistas de rectilíneo trazado, por donde habrían de rodar los automóviles que utilizarían en un futuro no muy lejano aquel camino entre los dos continentes.

A ambos lados sobresalían unas plataformas, suspendidas a unos diez metros del suelo, las cuales tenían la misma finalidad que las pistas, pero dedicadas a vehículos más pequeños.

El resto de las superficies curvas, hasta llegar al centro del techo, estaba ocupado por unas anchas estrías, separadas entre sí unos cuantos metros, siendo las del centro de la bóveda las más anchas.

—Esas estrías son para los trenes de un solo raíl —dijo Cornell —. Las dos centrales, algo más grandes que las demás, son para los mercancías. Las laterales para los trenes de viajeros. ¿Ha subido usted en alguno de estos monorraíles?

—He de confesar que no —repuso Mark—. En el tramo que visité aún no funcionaba ninguno.

—Pues ahora lo hará usted, Mark. ¡Son algo maravilloso!

Un pequeño ascensor los situó por encima de las pistas laterales del túnel y no tardaron en encontrarse en una especie de andén.

—Disponemos de una pequeña unidad para nuestro servicio —informó Oliver Cornell—. No tardará ni cinco minutos en llegar, pues ya es la hora que fijé para que viniera a recogernos.

Los cálculos de Mark no fallaron y, antes de pasados los cinco

minutos, vieron acercarse el monorraíl.

Un suave silbido y un resplandor lejano anunció a los hombres la llegada del aparato.

Mark no podía menos que admirarse ante la visión de aquel moderno vehículo. Una especie de aerodinámico torpedo, pintado en rojo y blanco, iba suspendido de dos brazos de acero colocados en línea. Al avanzar producían un leve zumbido sus motores eléctricos y su afilada proa hendía el aire, produciendo un suave pero agudo silbido.

Aquel fantástico tren de un solo raíl se detuvo junto a los viajeros y se abrieron automáticamente dos portezuelas laterales.

—Vamos adentro —dijo Oliver.

Se acomodaron en sendos asientos y el conductor hizo una breve pregunta.

—¿Podemos partir ya, señor Cornell?

—Adelante —contestó Oliver.

El aparato inició su marcha suavemente y no tardó en ir lanzado a gran velocidad.

—Convengo en que es confortable —sonrió Mark.

—Lo mejor de todo es que llevamos una velocidad de setecientos kilómetros por hora —declaró Oliver.

—¡Fantástico! —exclamó Mark con sincera admiración.

—El túnel es ideal para ello —contestó Oliver—. No hay cruces peligrosos y cada tren tiene dirección única. Dentro de diez minutos estaremos al final de nuestro camino.

Mark se sentía feliz y satisfecho. No a todos los hombres les había sido dado viajar, como lo hacía él en aquel instante, a setecientos kilómetros por hora, a varios miles de metros de profundidad bajo el nivel del mar y teniendo todo un océano sobre su cabeza.

Había nacido en pleno siglo XXIV y se sentía orgulloso de no haberse quedado atrás y ser digno de los grandes adelantos que aquel siglo había traído al mundo.

CAPÍTULO II

La incorporación de Mark a su trabajo se realizó sin grandes ceremonias.

El viejo Moses Taylor, jefe máximo de la formidable construcción, lo recibió amablemente pero con cierta sequedad. El hombre llevaba un brazo vendado pues, al parecer, había sufrido un accidente pocos días antes.

—Lo esperábamos a usted con verdadera impaciencia, amigo Freeman —fueron las palabras de salutación—. Es preciso que demos cima cuanto antes al nuevo tramo.

—Estoy dispuesto a ponerme a mi tarea cuanto antes. Tengo hechos y repasados los cálculos previos.

El eminente hombre de ciencia miró a su interlocutor y una sombra de duda pasó por sus ojos.

—Creo que tendrá usted dificultades —dijo.

—Supongo que serán rigurosamente ciertos cuantos datos me han enviado en los últimos seis meses —respondió Mark.

—Puede estar seguro de ello, pues han sido comprobados con todo cuidado.

—Entonces no creo tener grandes dificultades. Excavaremos una zanja algo más honda y hundiremos el túnel de aluminio en ella un tercio de su altura. De ese modo compensaremos el aumento de presión lateral, debido a la mayor profundidad del océano en esta zona que estamos atravesando.

Moses Taylor asintió con la cabeza, pero sus ojos no parecieron estar muy convencidos de que las cosas resultaran tan fáciles.

—La curva de desnivel está calculada y espero que se adapte a las disponibilidades de material —continuó Mark con entusiasmo.

—Veremos si la realidad de los hechos corresponde a sus previsiones —contestó el viejo Taylor.

Mark no esperaba una acogida semejante, pues resultaban más bien desalentadoras las palabras de aquel hombre.

—Yo creo...

—Ya sé —cortó Taylor—. Ha sido llamado como especialista y durante muchos años se han preocupado de prepararlo a usted para que fuese útil en estos momentos. No dudo de su capacidad, pues tengo un amplio informe sobre la brillantez con que ha cursado sus estudios, pero a veces... a veces hay imponderables...

El anciano no terminó la frase y dejó las palabras flotando en el aire, matizando la conversación de un tono vagamente angustioso.

—Haré cuanto esté a mi alcance —respondió brevemente Mark.

—Estoy seguro de ello —repuso Taylor suavizando la expresión de su rostro con una sonrisa.

—¿Cuándo puedo comenzar mi tarea?

—Puede hacerlo mañana por la mañana. Ahora preocúpese de acomodarse. El señor Cornell se encargará de su alojamiento y de cuantos pormenores le sean precisos.

—De acuerdo —aseguró Cornell, el cual asistía a la entrevista.

—Antes de acostarme le enviaré un plano detallado de la zona submarina donde tiene usted que comenzar sus trabajos.

—Gracias, señor.

—Nos veremos a la hora de la cena... si es que no prefiere usted cenar solo en su departamento. Los técnicos tienen derecho a elegir la hora de sus comidas, y también el menú que desean —concluyó Taylor.

—Lo haré en el comedor general —repuso Mark.

—Entonces, le veré allí.

El anciano alargó su mano izquierda, que era la que había quedado ilesa, y Mark la estrechó respetuosamente.

Cuandos ambos hombres salieron del despacho, Mark no tenía un humor demasiado bueno.

Cornell lo miró de soslayo y una fina sonrisa apareció en sus labios.

—No se deje impresionar por las palabras del viejo Moses, Mark. Puedo asegurarle que es una excelente persona.

—No parece que le haya hecho mucha gracia mi presencia —se lamentó nuestro héroe.

—Estoy seguro de que se equivoca, Mark.

—Usted es muy generoso, Oliver. Yo pienso que quizás le moleste el que soy un novato.

—Le repito que se equivoca. Precisamente fue idea del viejo Moses la creación del Instituto de Preparación para el Proyecto Landers. Casi todos los técnicos que trabajamos aquí hemos sido preparados especialmente en el Instituto para una tarea determinada. Yo mismo fui capacitado especialmente en las soldaduras para diferentes presiones y temperaturas de los tubos de conexión construidos con esta maravillosa mezcla de aluminio y plástico. Desde que comenzaron a incorporarse los técnicos que preparó el Instituto, el trabajo ha progresado un ciento por ciento más rápidamente. Eso no lo ignora nuestro máximo jefe, Moses

Taylor, doctor en Ciencias Exactas por ocho Universidades distintas.

—¿A usted también lo recibió de la misma manera?

—¡Todo lo contrario! Me resultó un hombre encantador.

—¿Entonces?

—No sé a qué atribuir su actual actitud. Hace veinticuatro años que dirige los trabajos del túnel trasatlántico y sus más viejos colaboradores no lo recuerdan con un humor semejante. Todo parece provenir del accidente que sufrió cuando inspeccionaba solo una de las nuevas galerías.

—¿Y en qué consistió el accidente?

—Ésa es otra de sus nuevas rarezas. No ha querido decirnos ni una sola palabra. El doctor Reynolds lo curó de una vaga lesión superficial, cuyo diagnóstico no ha podido concretar.

—¿Ha dicho Reynolds? ¿Peter Reynolds?

—Efectivamente, Peter Reynolds —confirmó Cornell—. ¿Lo conoce usted, Mark?

Mark sonrió ante el solo recuerdo de su amigo.

—¿Que si lo conozco? ¡Es un verdadero diablo con apariencia humana!

—¡Cuánto me alegro de que sean ustedes amigos! Peter y yo somos buenos camaradas.

Aquella noticia alivió un tanto la mala impresión que le había producido su primera entrevista con Moses Taylor.

—Peter es el jefe de uno de los equipos médicos que atienden a nuestros hombres —puntualizó Cornell—. Esta noche tendrá ocasión de verlo en el comedor. ¡Jamás le he visto que perdiera el apetito!

Mark se alojó confortablemente bajo la experta dirección de Cornell.

En determinados tramos del túnel, las paredes laterales del mismo se abrían a inmensas galerías, construidas de la misma manera que el túnel mismo, donde se alojaban los miles de trabajadores que participaban en tan formidable empresa y asimismo los innumerables servicios que eran necesarios para el sostenimiento de tan nutrida población submarina.

—A la medida que se va progresando —explicó Cornell—, estas galerías son desmontadas y trasladadas más adelante. Un equipo especial se encarga de este servicio.

Mark no dejaba de maravillarse ante los continuos prodigios de la técnica que le salían a cada paso. El sistema de ventilación y acondicionamiento de aire, la regulación de la presión, la

eliminación de los detritus, el servicio de comunicaciones con el interior del túnel y con el mundo entero... todas eran maravillosas obras de la técnica que imperaba en aquel tiempo; año de gracia 2345.

La hora de la cena fue la hora de las presentaciones. Cornell se encargó de dar a conocer a su nuevo amigo a los técnicos que se reunían en aquel comedor, y puso especial cuidado en presentarle a los que habían de ser sus colaboradores.

Nuestro amigo fue recibido muy cordialmente por todos y los apretones de manos se reprodujeron durante un buen rato.

Ya estaba sentado a su mesa, en compañía de Cornell y dos de sus futuros ayudantes, cuando alguien impuso su voz sobre el murmullo general.

—¡Que el diablo me lleve! ¡Sabía que acabarías ingresando en la cofradía de los topos!

Mark se levantó y tuvo el tiempo justo para recibir en sus brazos a un tipo atlético que se dirigió hacia él con muestras de gran satisfacción en el rostro.

—¡Peter!

—¡Demonio de Mark! ¿Cómo estás, muchacho?

Durante unos segundos, los dos amigos se abrazaron cordialmente.

—Tenía una vaga idea de que estabas aquí, pero no estaba seguro —dijo Mark.

—Yo sabía que venías a incorporarte a la legión de los hombres-topo —sonrió Peter—, pero nadie era capaz de decirme cuándo sería la fecha exacta.

Los dos amigos estaban encantados de encontrarse. Se conocían desde la infancia y habían hecho juntos parte de sus estudios superiores, para separarse después a impulsos de los distintos caminos profesionales que habían elegido.

—No está mal que nos hayamos encontrado a varios kilómetros por debajo de la superficie del mar, ¿verdad, Mark? ¡No se podía esperar menos de dos tipos tan extraordinarios como tú y yo!

—¡Es el mejor regalo que me han podido hacer en este nuevo mundo submarino en el que acabo de ingresar! —respondió Mark sinceramente.

—Esto hay que celebrarlo, muchacho. Voy a ver si para ello nuestro intendente se decide a obsequiarnos con un par de botellas de champaña.

—Son ya tantos los motivos que has encontrado últimamente para tener que celebrar algo que dudo te hagan el menor caso.

—Eres una ave de mal agüero, Oliver —sonrió Peter.

En aquel momento se hizo un repentino silencio en la sala y el grupo de amigos miró sorprendido a su alrededor.

Quien tal cambio había provocado no era otro que Moses Taylor, el cual acababa de entrar en el espacioso comedor.

El anciano sabio se dirigió con paso firme hacia su mesa y se sentó, procurando no mirar a nadie en particular.

Poco a poco fue renaciendo el murmullo que reinaba antes de la llegada del sabio, rompiéndose el hielo que se había creado durante unos segundos.

—Ha cambiado este hombre. No cabe duda de que ha cambiado —murmuró Peter.

—¿Por qué no nos sentamos y comemos? —sugirió Oliver.

—Esperemos a mi ayudante —repuso Peter—. Siempre cenamos juntos.

No tuvieron mucho que esperar. Un par de minutos más tarde, Mark vio acercarse a la mesa a la más encantadora criatura que viera en los últimos tiempos.

Se trataba de una mujer de unos veintisiete años y de extraordinaria belleza. Caminaba con paso elástico y una luminosa sonrisa se dibujaba en sus labios.

—Te presento a la doctora Cicely Bergen, Mark.

—Cis para los amigos —dijo la mujer, acentuando la sonrisa.

—Es nuestro nuevo jefe de sección —continuó Peter—. Ingeniero Mark Freeman.

Los dos seres se estrecharon las manos y tomaron rápidamente asiento alrededor de la mesa.

—¡Decididamente es un gran día! —exclamó Mark—. Será cuestión de que te intereses por esas botellas de champaña, Peter.

La cena comenzó alegremente y Peter consiguió del intendente lo que se proponía.

Por azar, la mirada de Mark tropezó con la pálida figura del doctor Taylor.

El hombre comía con reposado gesto y procuraba no mirar a nadie, pero había en semejante actitud un algo que sorprendía a Mark. ¿Por qué el jefe supremo de aquella grandiosa empresa se mostraba tan huraño? ¿Por qué comía solo y en silencio, como si deseara pasar inadvertido?

No cabía la menor duda de que aquella actitud encerraba un misterio. Misterio que se reflejaba en los propios ojos de Taylor, cuya mirada no podía disimular una profunda preocupación.

CAPÍTULO III

Mark se incorporó a su trabajo al día siguiente y pronto fue absorbido totalmente por el mismo.

Tanto la galería principal, por la cual había de discurrir el túnel, como las galerías auxiliares, comenzaron a profundizar en el subsuelo rocoso del fondo del océano.

Las silenciosas excavadoras, los trenes que retiraban los minerales, los equipos de hombres, todo cuanto estaba dedicado a la empresa, bullía de actividad y el nuevo tramo del túnel comenzó a prolongarse con rapidez.

Quizás lo más maravilloso de todo era el procedimiento empleado para sacar a la superficie la tierra de las excavaciones.

Los miles y miles de toneladas de tierra eran transportados por los veloces trenes de un solo raíl hasta un complicado ingenio mecánico completamente automatizado. La tierra se ponía en una especie de proyectiles de varios metros de largo por un par de metros de diámetro, construidos por una finísima y resistente malla de material plástico. Unos enormes tubos, especie de lanzatorpedos gigantescos, se encargaban de disparar estos proyectiles de varios cientos de toneladas hacia la superficie del mar, alejándolos unas cuantas millas del lugar donde se excavaba el túnel. Una vez allí se disolvía la tierra en el agua, sedimentándose más tarde sobre el fondo marino, pero lejos del sitio donde se estaba trabajando.

Mark, al igual que todos los que colaboraban con él, no se daba ni un segundo de reposo.

Las poderosas excavadoras trabajaban casi sin interrupción las veinticuatro horas del día y progresaban unos quinientos metros en cada jornada.

Inmediatamente detrás de las excavadoras iba el equipo que capitaneaba Cornell y las piezas prefabricadas del túnel de aluminio y plástico revestían las rocosas paredes que las excavadoras dejaban al descubierto.

En el décimo día de su trabajo sucedió algo que conturbó profundamente el ánimo de Mark.

Un pequeño grupo, constituido por seis hombres, había recibido el encargo de hacer una pequeña galería lateral que permitiera los relevos con mayor rapidez.

Aquellos hombres utilizaban una taladradora de pequeño

diámetro montada sobre un tren autónomo de cadenas. El instrumento era de una eficacia extraordinaria, pues podía hacer un túnel de dos metros de diámetro por mil de largo en una sola jornada.

Ya habían profundizado más de doscientos metros, cuando el pequeño aparato emisor-receptor que Mark llevaba colgado en bandolera, como si fuese una máquina fotográfica, dio la señal de comunicación.

—Aquí taladro «B-9». Habla el jefe del servicio.

—Aquí Mark —contestó éste—. ¿Qué sucede, Carey?

—¿Es usted, jefe?

—Sí; hable.

—Encontramos una dificultad. ¿No podría venir por aquí un momento?

—Ahora mismo estaré con ustedes. ¿De qué dificultad se trata?

—Hemos encontrado un gran hueco. No cabe la menor duda de que se trata de una sima subterránea. ¿Qué hacemos?

—Esperen e iré yo a ver de qué se trata. Dentro de unos minutos estaré ahí.

—De acuerdo, jefe. Hemos detenido la taladradora y no la pondremos en marcha hasta recibir sus instrucciones.

—Voy al momento.

Ya iba a interrumpir la comunicación Mark cuando oyó un confuso rumor de voces a través del altavoz.

—¿Sucede algo, Carey?

La pregunta quedó sin respuesta, aunque las voces siguieron escuchándose.

—¿Me oye, Carey? ¿Qué les sucede?

La voz de Carey se oyó nuevamente.

—¡Jefe! ¡Jefe! ¡Yo...! Nosotros...!

Un grito terrible se escapó de la garganta del hombre que comunicaba.

—¡Carey! ¡Carey! —gritó Mark a través del micrófono—. ¡Por los clavos de Cristo, respóndame!

Pero Mark no consiguió recibir una respuesta coherente. Oía un rumor confuso de voces y, de vez en cuando, un grito escalofriante, capaz de sobrecoger el ánimo del hombre más templado.

—¡Carey! ¡Carey¡ —gritó Mark con todas sus fuerzas.

Cornell que trabajaba en las proximidades de Mark fue reclamado por los gritos de éste y se acercó presuroso.

—¿Qué sucede, Mark?

El aludido no contestó nada pero le hizo seña a su amigo para

que prestara atención al altavoz de su aparato de radio.

Cornell aún tuvo tiempo de escuchar algunas palabras inconexas y un par de gritos terroríficos. Luego se hizo el silencio.

—¡Cielo santo! —exclamó Cornell—. ¿Qué es eso, Mark?

Nuestro amigo estaba lívido por la emoción que le produjera aquella tragedia oída a distancia.

—¡Son los de la excavadora «B-9! ¡Han debido sufrir algún terrible accidente! ¡Vayamos en su socorro cuanto antes!

Cornell se llevó a los labios un silbato y lanzó tres potentes silbidos.

Los hombres que trabajaban por aquellos alrededores inmovilizaron sus máquinas y se lanzaron en loca carrera hacia el lugar que ocupaban los dos amigos.

—¿Qué sucede? —preguntó alguien.

—¡Pronto, seguidme! —exclamó Mark.

—Uno de vosotros que se encargue de dar la alarma general —dijo Cornell.

Mientras el grupo constituido por unos cincuenta hombres corría en pos de Mark y Cornell, dos hombres se acercaron a una de las paredes laterales y pulsaron un botón que había sobre un pequeño tablero. La blanca luz que iluminaba el túnel fue cambiando gradualmente de color y se hizo roja como la sangre. Aquella era la señal de alarma que enviaría el alerta a lo largo de todo el túnel.

Una algarabía infernal siguió al aviso de peligro. Cuantos trabajaban en las distintas tareas se concentraron en los lugares previstos para caso de emergencia, en espera de recibir instrucciones.

La señal de peligro indicaba a su vez, en el cuadro de mandos que manejaban los ayudantes de Taylor, el tramo exacto donde éste se producía.

Casi inmediatamente quedaba aislada aquella parte del túnel por medio de unas poderosas compuertas de acero.

El sistema tenía por objeto evitar que cualquier serio accidente, una inundación por ejemplo, pudiera afectar a toda la construcción, de la misma manera que se hace en los submarinos.

Mark tenía la obligación de notificar por radio inmediatamente las características de la catástrofe, pero en aquellos momentos no tenía otra obsesión que llegar cuanto antes en auxilio de sus hombres.

La distancia que los separaba del lugar del accidente era de unos seiscientos metros, pero aquel grupo de hombres los recorrió en muy pocos minutos.

Por fin apareció la negra y estrecha boca del túnel lateral que habían taladrado los hombres del equipo «B-9».

—¡Alto! —gritó Mark a los hombres que le seguían.

—¡Han sido los del «B-9»! —dijo alguien.

—¡Vayamos cuanto antes en su socorro! —dijo otro.

—¡Quizás se trata de un desprendimiento! —apuntó un tercero.

—¡Que nadie se mueva! —ordenó Mark con voz enérgica—. Quizás es peligroso aventurarse por ese túnel. En cualquier caso seremos sólo unos cuantos los que lo hagamos. ¡A ver, media docena de voluntarios!

Cuantos habían seguido a su jefe hasta aquel sitio se ofrecieron en un bello gesto de solidaridad humana.

—No podemos entrar todos —dijo Mark—. Si hay peligro de derrumbamiento, nuestras pisadas pueden provocarlo.

—Yo elegiré a unos cuantos —intervino Cornell.

Llamó por su nombre a media docena de aquellos hombres y éstos se desglosaron del grupo general.

—Andaremos despacio y procuraremos no hacer que retumben nuestras pisadas —fueron las breves instrucciones de nuestro amigo.

Todos iban provistos de linternas y se introdujeron en el estrecho túnel, siguiendo los pasos de Mark y Cornell que marchaban a la cabeza del grupo.

Ya habían avanzado más de ciento cincuenta metros cuando divisaron, al fondo, la taladradora que empleaban los hombres del equipo siniestrado.

—Ahí están, Mark —susurró Cornell, visiblemente emocionado.

Avanzaron algunos metros más y, de pronto, Mark levantó el brazo para indicar a todos que se detuvieran.

—¿No oyes nada, Oliver? —preguntó a su amigo con voz queda.

—No sé a qué te refieres —respondió el aludido.

—Presta atención.

Todos guardaron un profundo silencio y pudieron escuchar lo que había llamado la atención a Mark.

Se trataba de un apagado pero penetrante silbido, que venía de la parte en donde estaba la taladradora.

—¿Será un escape de grisú? —preguntó Cornell.

—No —aseguró Mark—. Observa cómo ese silbido tiene una especie de ritmo entrecortado.

Todos pusieron mayor atención y pudieron comprobar la veracidad de las palabras de Mark.

El silbido era acompasado como si se tratase de la respiración dificultosa de un poderoso pecho asmático.

—Si fuera grisú sería un silbido continuo —dijo Mark.

—Después de fijarme bien estoy de acuerdo contigo —admitió Cornell.

—Sigamos adelante.

La pequeña comitiva se puso de nuevo en marcha, pero no había de tardar en detenerse.

Apenas habían avanzado diez metros más cuando del techo comenzó a caer un polvillo de tierra, cuya intensidad fue aumentando por segundos.

—¡Todos atrás! —gritó Mark—. La bóveda del techo va a desplomarse.

Todos los hombres reaccionaron ante aquellas dramáticas palabras y comenzaron a retroceder a toda velocidad de sus piernas.

Aquél era el mayor peligro que se conocía desde que el túnel comenzara a construirse, hacía ya muchos años de esto.

Los derrumbamientos inesperados habían causado por sí solos más víctimas que todos los demás accidentes.

El grupo de hombres corría desesperadamente y a sus espaldas comenzaron a desplomarse grandes bloques de rocas y tierra, cegando por completo la galería.

Un temblor como el de un terremoto comenzó a hacer temblar la tierra bajo los pies de los fugitivos de la muerte y algunos desprendimientos por delante de ellos comenzaron a dificultar su marcha hacia el exterior.

Una gruesa piedra rozó la cabeza de Cornell y éste se tambaleó.

Mark saltó a su lado y lo sujetó, impidiéndole que cayera al suelo.

—¿Estas herido, Oliver? —preguntó con voz anhelante.

Cornell sacudió la cabeza con energía y procuró despejar las brumas que comenzaban a nublarle la vista.

—¡Sigue tú, Mark! ¡Escapa cuanto antes de esta ratonera!

Mark no pensó ni por un solo instante abandonar a su amigo.

Un crujido sobre sus cabezas le puso alerta y abalanzándose sobre Cornell lo lanzó contra la pared, adosándolo a ella con la presión de su propio cuerpo.

Su acción no pudo ser más oportuna, pues media tonelada de rocas y tierra se desplomó sobre el lugar que acababan de abandonar.

—¡Huye tú! —gritó Cornell.

La situación no era tan fácil como éste imaginara. Aquel desprendimiento había llenado de tierra el estrecho camino que seguían, enterrándoles hasta la rodilla.

—¡Haz un esfuerzo, Oliver! ¡Haz un esfuerzo si no quieres que quedemos aquí sepultados!

Cornell se percató de la decisión de su amigo de no abandonarlo y se esforzó por recobrar sus facultades.

Mientras tanto, Mark luchaba denodadamente por librarse y librar a su amigo de aquel cepo de tierra y rocas.

Por fin pudo verse libre y, tirando con fuerza de Cornell, consiguió arrancarlo del lugar en que estaba clavado.

Lo asió fuertemente de la mano y tiró de él con todas sus fuerzas, obligándole a correr.

Los desprendimientos se sucedían a su paso y los cascotes los herían despiadadamente. Pero Mark ya veía la luz de la salida del túnel y redobló sus esfuerzos.

Jamás olvidaría mientras viviera aquella loca carrera hacia la vida que parecía llamarles con el centelleo de la luz roja de alarma que divisaba a lo lejos, mientras a sus espaldas y sobre su cabeza la muerte entonaba su siniestro canto.

En el último tramo de su accidentada marcha, Cornell había conseguido sobreponerse y dejó de ser un estorbo, haciéndose más veloz la carrera.

Pocos segundos más tarde se encontraban a salvo en el espacioso túnel donde esperaban inmóviles y con ojos desorbitados por el terror los hombres que habían quedado a la boca de la galería y a los cuales se habían unido los otros seis destrozados supervivientes.

Mark y Cornell no pudieron dar ni un solo paso más en cuanto salieron de la fatídica galería.

Pesadamente cayeron en brazos de sus hombres, con el aliento entrecortado y sangrando por mil heridas.

Su ropa estaba totalmente destrozada y el corazón latía tan aceleradamente que parecía que quisiera saltárseles del pecho.

—Avisemos cuanto antes al puesto central —sugirió alguien.

—Yo tengo la emisora de radio de nuestro jefe —dijo otro.

—¡Pero tenemos que auxiliarlos mientras llegan socorros! —exclamó un tercero.

—¡Id por el botiquín de urgencia! —ordenó el que había hablado en primer lugar—. ¡Estos hombres van a desangrarse!

Mark no había perdido el conocimiento y oyó varios pasos precipitados que se alejaban. Poco después estaban de regreso y

unas manos caritativas comenzaron a restañar las heridas por las que sangraba abundantemente.

—Ya he conseguido comunicar con el puesto central —dijo una voz de bajo profundo—. Ahora mismo abrirán las compuertas y vendrán los socorros necesarios.

Aquéllas fueron las últimas palabras que oyera nuestro héroe. Un tibio calor le fue invadiendo los miembros como en una oleada y todo pareció que comenzaba a girar alrededor suyo.

Cerró los ojos y aspiró profundamente. Tuvo la sensación de que un millón de alfileres le atravesaban el cerebro y la luz se fue borrando de sus ojos.

Un segundo más tarde yacía sin conocimiento en el suelo, mientras dos hombres se afanaban en ir quitando la sangre que brotaba de sus heridas.

CAPÍTULO IV

Cuando Mark recobró el conocimiento, se encontraba tendido en una cómoda cama del hospital de urgencia.

Estaba tendido boca arriba y su cuerpo aparecía vendado profusamente.

Levantó una de sus manos y se dio cuenta de que tenía un tinte muy pálido.

—¿Quiere estarse quieto? —susurró una dulce voz a su oído—. Doy gracias a Dios porque ya ha recobrado usted el conocimiento, pero debe continuar tranquilo sin moverse.

Miró de soslayo a la persona que así le hablaba y vio el encantador rostro de Cis que le hablaba casi al oído.

—¿Qué me ha pasado? —murmuró con débil voz.

—Lo hemos sacado a usted del otro mundo —sonrió Cis—. Ahora no hable siquiera hasta que le ponga una inyección que le tonificará mucho.

Cis se levantó y dio una orden a una de las enfermeras que pululaban silenciosamente por la sala.

Un minuto más tarde se inclinaba sobre el herido y hundía en su brazo la acerada aguja de una jeringuilla.

—Ahora no hable hasta que comience a hacerle efecto.

La sustancia que le había inyectado Cis era, en verdad, maravillosa, pues diez minutos más tarde comenzó a sentir que le renacían las fuerzas y se le despejaba totalmente la cabeza.

—Parece que esto va mejor —dijo con voz más firme—. ¿Puedo moverme ya? —preguntó.

—Nada de eso —respondió Cis poniéndose delante para que él no se esforzara en verla—. Le he de advertir que sufre terribles magulladuras en los huesos y que cualquier movimiento mal calculado puede producirle la rotura de alguno de ellos.

—¿Cuánto tiempo estoy aquí?

—Tres días —fue la asombrosa respuesta de Cis.

—¿Tres días sin conocimiento? —exclamó Mark asombrado.

—Ha sufrido usted un fuerte «shock», Mark. Peter y yo llegamos a temer que tuviera un derrame cerebral.

—¿Y Cornell? ¿Consiguió salir de aquel maldito agujero? —preguntó.

—¡Ya lo creo! Usted lo arrastró hasta la salida.

Mark apenas si recordaba los últimos momentos de su dramática carrera por la galería.

—¿Vive?

Cis sonrió deliciosamente.

—Oliver tiene la cabeza dura —contestó—. Hemos tenido que practicarle una pequeña intervención en el cráneo, pero estará bien en pocos días. Ayer recobró el conocimiento y no hace más que preguntar por usted.

—Ni yo mismo puedo comprender cómo conseguimos escapar de aquel maldito agujero —suspiró el hombre.

—¡Ya puedes decir que tienes siete vidas, como los gatos! —exclamó una voz a su lado.

—¡Peter!

—No te muevas, si no quieres tirarte tres meses en esa cama —sonrió Peter, el cual se había aproximado sin hacer ruido desde el otro extremo de la sala.

—No puedo soportar la inmovilidad —se quejó Mark.

—Pues no tienes más remedio que hacerlo —repuso Peter—. Si sigues las instrucciones de Cis podrás levantarte antes de dos semanas. Hemos de esperar que te recuperes físicamente y que se suelden algunas fisuras de los huesos. ¡Por fortuna no acabaste de romperte ninguno!

—¡Cuánto tengo que agradeceros! —exclamó Mark.

—Agradécelo a Cis, que es la que se ha pasado las noches en vela a la cabecera de tu cama. ¡Con una enfermera así también quisiera encontrarme herido!

—No le haga caso, Mark —sonrió la mujer—. Todos hemos hecho lo que teníamos la obligación y el gusto de hacer.

Mark miró a Cis y se sintió atraído hacia aquellos ojos que sonreían con un brillo de felicidad.

—Espero que se lo podré agradecer de alguna manera, Cis.

—La mejor manera será estándose quieto y poniendo de su parte cuanto sea posible para una pronta recuperación.

—Le doy mi palabra de que lo haré así —repuso seriamente Mark.

—Ahora debe intentar dormir un buen rato. Luego lo despertaré para ver de darle algún alimento.

Mark había prometido poner de su parte cuanto fuera necesario y cumplió su palabra.

Once días más tarde abandonaba su lecho y comenzaba a sentirse otro hombre.

Durante aquel tiempo, Cis le había prodigado sus cuidados y la

amistad entre ambos se fue estrechando considerablemente.

Entre Cis y Peter le hicieron un reconocimiento a fondo y parecieron quedar satisfechos.

—La cosa marcha, Mark. Ahora no te vendrían mal unas vacaciones en la superficie de nuestro viejo y casi olvidado planeta.

—Yo quiero incorporarme de nuevo a mi trabajo —dijo Mark—. Ahora no sería muy fácil sustituirme.

—¡Pero primero es preciso que te repongas por completo!

—Ya me encuentro bien —contestó Mark tercamente.

—Atiende a razones, cabeza dura. Yo creo...

Mark no le dejó terminar la frase.

—Te digo que estoy bien.

—No conseguirás convencerlo, Peter. Mark es de los que no dan nunca un paso atrás.

—¿Cómo lo has conocido en tan poco tiempo? —preguntó Peter con un tono malicioso en la voz.

Cis pareció sorprendida durante un segundo pero no tardó en dominarse.

—Las mujeres necesitamos muy poco tiempo para conocer a los hombres —sonrió—. ¡Es nuestra única defensa contra el sexo fuerte!

—Tienes razón, Cis —intervino Mark—. Soy testarudo como una mula.

—Sea como tú quieres —suspiró Peter—. Pero has de prometerme que no te incorporarás al trabajo antes de tres días, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —prometió Mark.

—Ahora voy a ver a Oliver.

—Antes de marcharte, Peter, quisiera preguntarte algunas cosas.

—Empieza —sonrió Peter.

—¿Qué fue de los hombres del equipo «B-9»?

La sonrisa de Peter dejó paso a un gesto de profunda preocupación.

—Murieron todos —contestó brevemente.

—¿Qué fue lo que les sucedió? ¿Conseguisteis extraer los cadáveres?

—Sí. Un equipo de socorro consiguió hacer una galería hasta llegar a los cuerpos de los desdichados.

—¿Fue una explosión de grisú? ¿Un desprendimiento? Me dijiste que ya me hablarías de ello cuando me dieses el alta. Cuéntame.

Peter parecía estar visiblemente embarazado.

—Ahora tengo que ir a ver a Oliver. Después hablaremos del asunto.

—Pero quisiera saber...

—Luego tendréis tiempo de hablar —cortó Cis—. Lo primero es ir a ver a Oliver. Hace rato que Peter debía encontrarse a su lado.

Mark no quiso insistir, pero no dejó de ver el gesto de alivio que se dibujaba en la cara de su amigo al oír la oportuna intervención de Cis.

—Está bien, Peter. Hablaremos luego.

Cis y Mark quedaron solos y los dos se miraron frente a frente.

—¿No te parece un poco rara la actitud de Peter?

—¿Por qué? —respondió la joven.

—Me da la impresión que rehuye hablar del asunto.

Cis trató de tranquilizar a Mark respecto a este asunto, pero tampoco sus palabras fueron nada convincentes.

—¿Supongo que no se me atribuirá a mí la muerte de esos hombres? —dijo—. Cuando calculamos el trazado de esa galería, las ondas de choque indicaban que encontraríamos algunas grutas, pero ése es un avatar que sucede muy a menudo. Ellos hicieron lo que les correspondía, según mis instrucciones, y fue avisarme por radio en el momento de dar con esas grutas.

—¿Pero qué cosas se te ocurren, Mark? —protestó la mujer—. ¿Por qué habían de atribuir su muerte a ti?

Mark no contestó de momento, pero pasados unos segundos tomó la palabra.

—Veo algo raro en todo esto, Cis.

—¿Qué ves de raro en ello? —preguntó pacientemente Cis.

—Esos hombres no fueron víctimas de un desplome. Yo los oí gritar horrorizados, sin que pudiera escuchar el estruendo de las rocas al desplomarse. ¿Qué les sucedió realmente?

—La impresión que recibiste te hace preocuparte excesivamente del asunto, Mark. Creo que no debes atender a otra cosa que a tu total restablecimiento.

Mark llegó a la conclusión de que sería inútil continuar la conversación y cambió de tema.

—Quiero hablar con Taylor para que me permita mi más pronta reincorporación al trabajo.

—No accederá que lo hagas antes de tres días. Ése ha sido el consejo de Peter y así lo establecen los reglamentos para casos de accidente de esa categoría.

Una hora más tarde, Mark y Peter acudían al encuentro de

Moses Taylor en su propio despacho.

Mark pudo observar que la frente del anciano estaba surcada por profundas arrugas, las cuales indicaban una gran preocupación.

—Me congratulo de que ya se encuentre usted dueño de sus facultades —dijo Taylor a modo de saludo.

—Quisiera incorporarme cuanto antes a mi trabajo.

—Ya le he dicho que no lo hará antes de tres días —intervino Peter.

—¿Por qué tres días? —respondió el anciano.

—¡Pero usted sabe...! —protestó Peter.

Moses Taylor no lo dejó terminar.

—Yo soy el responsable máximo de esta construcción y estoy dispuesto a autorizar a nuestro amigo a que reemprenda su labor mañana mismo, si ése es su deseo.

—Los reglamentos...

—Los reglamentos soy yo quien debe interpretarlos —atajó Taylor.

La situación era de gran violencia y Peter tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para contenerse.

Mark observaba a los dos hombres y no dejaba de percatarse de la tirantez que existía entre ellos.

Tomó la palabra y se relajó la tensión que existía.

—Acepto su permiso y me reincorporaré mañana a mis obligaciones —dijo.

—De acuerdo —contestó el anciano sabio—. Es preciso que quede terminado cuanto antes el tramo del túnel que está a su cargo.

Peter se mordió los labios para no intervenir nuevamente y los dos amigos abandonaron el despacho de Taylor unos segundos más tarde.

—No parece estar de muy buen humor el viejo —dijo Mark, intentando echar la cosa a broma.

—Me parece que yo sé lo que le pasa —contestó Peter con voz sorda.

El tono de las palabras de su amigo puso en guardia a Mark.

—¿Pero qué os sucede? He observado la gran tirantez que reina entre vosotros dos.

—El viejo se da cuenta de que le queda poco de vida y quiere ver terminado el túnel, al que ha dedicado sus mejores años, antes de morir.

—Tampoco creo que eso sea reprobable —admitió Mark—. A cualquiera en su lugar le sucedería lo mismo.

—¡Pero no cuando corre peligro la vida de los hombres que están bajo su dirección! —exclamó Peter.

—El peligro es inevitable —respondió Mark extrañado por la pasión que ponía Peter en sus palabras.

—No me refiero al peligro normal y corriente en unas obras de esta naturaleza, Mark. Hay algo más.

—¿Qué es ello?

—No puedo precisarlo. Es algo misterioso. Algo que aún no ha adquirido forma pero que flota en el ambiente.

Mark intentó sonsacar a su amigo pero éste se encerró en un severo mutismo.

—No puedo decirte nada más, Mark. El viejo me ha hecho prometer que no despegaría los labios, al menos mientras no tenga una evidencia.

Mark se separó de su amigo para ir a poner en orden sus cosas en la habitación que ocupaba en la inmensa galería y ya no volvió a verlo hasta cinco días después.

Los trabajos se habían retrasado mucho y nuestro amigo se dedicó a ellos de tal manera que no se permitía perder el tiempo acudiendo al comedor a las horas de las comidas, haciéndoselas servir en el propio lugar de trabajo y durmiendo en el duro suelo.

De este modo consiguió que el nuevo tramo del túnel fuera progresando en un tiempo que podía considerarse récord.

En la mañana del quinto día, estaba dirigiendo unas voladuras de alta precisión cuando se presentó uno de los capataces, al cual acompañaban dos hombres de rostro desencajado.

—¿Qué sucede, Marty? —preguntó al capataz.

—Quieren hablar con usted, señor Freeman —dijo señalando a los dos hombres—. Les he prohibido que hagan comentarios por el momento.

Mark se acercó a los dos peones y los miró atentamente.

—¿Qué os sucede, muchachos?

—Ha pasado algo terrible, señor Freeman —respondió uno de ellos, con un ligero temblor en la voz—. No hemos dado la alarma porque creemos...

El hombre dejó sin terminar la frase.

—Continúa —ordenó Mark.

—Creemos que debíamos advertir antes a usted —respondió el otro peón.

—Acabad de una vez. ¿De qué se trata?

—Achiles ha muerto.

—¿Quién es ese Achiles?

—Era el tercer hombre que integraba nuestro grupo. Estamos trabajando en el pozo auxiliar número 12. Achiles se metió por una grieta lateral y...

—Vamos, continúa.

—Le oímos gritar.

—Qué más.

—Tardamos un poco en llegar hasta él porque la grieta era muy estrecha, pero cuando llegamos... cuando llegamos estaba muerto.

—¿Aplastado por las rocas? ¿Envenenado por alguna emanación de gas?

—Nada de eso, señor Freeman.

—¡De algo habrá tenido que morir!

—Nosotros no sabemos explicarlo. Venga usted y lo verá.

Mark dejó la dirección de los trabajos a uno de sus ayudantes y siguió a los dos hombres y el capataz.

El pozo auxiliar número doce estaba algo alejado y tardaron unos quince minutos en alcanzarlo, a pesar de que emplearon para el traslado un pequeño auto-oruga de los que estaban al servicio de los técnicos y capataces.

El pozo era una excavación cilíndrica de unos quince metros de profundidad y poco más de dos metros de anchura. Al fondo del mismo se descendía por unas rudimentarias escaleras de cuerda, con peldaños de aluminio.

—El cadáver está en el fondo, pues nosotros lo sacamos de la grieta.

Mark encendió su linterna, la cogió con los dientes y comenzó a descender, seguido por el capataz y los dos peones.

Apenas posó sus plantas en el fondo, dirigió el haz de luz hacia el suelo y a duras penas pudo ahogar un grito de espanto en su garganta.

A sus pies yacía el destrozado cuerpo de la víctima. Estaba horriblemente mutilado y apenas si era algo más que una masa sanguinolenta.

—¡Pero esto es horrible! —exclamó—. ¿Cómo ha podido suceder semejante cosa?

El capataz iluminó el rostro de los dos peones con su linterna y les espetó con tono severo:

—A mí no me la vais a dar con queso. ¿Qué habéis hecho con vuestro compañero?

Los dos peones se quedaron boquiabiertos ante la acusación que se les dirigía.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó uno de ellos?

—Demasiado bien sabes lo que quiero decir —vociferó el capataz—. Ese hombre no puede haberse destrozado así, sin más ni más. ¡Vosotros lo habéis matado!

—¡Se equivoca usted, Marty! —respondió vivamente uno de los peones—. ¡Nosotros somos hombres honrados!

—Achiles era un buen amigo nuestro —intervino el otro—. ¿Por qué habríamos de querer matarle?

Mark se había arrodillado junto a los mortales despojos y observaba con gran atención.

—Tened la seguridad que se os pondrá en manos de la policía —continuó el capataz.

—¡Nosotros no hemos sido! ¡Nosotros no hemos causado ningún mal a nuestro compañero! ¡Créanos, Marty! ¡Le oímos gritar y cuando llegamos a su lado ya estaba muerto!

Mark se levantó y fijó sus ojos en los dos hombres. Las protestas de ambos le parecieron sinceras.

—No hace falta aumentar las dificultades —dijo—. Cállense todos y volvamos a la superficie exterior del pozo.

El capataz mascculló algunas, amenazas en voz baja y no tardaron en encontrarse fuera de aquel terrible lugar, visitado por la muerte.

—Usted, Marty, comunique con el Puesto Central y diga que envíen una ambulancia. A vosotros dos ya se os interrogará más detenidamente.

Marty utilizó uno de los teléfonos que comunicaban con el Puesto Central y no tardó en presentarse una ambulancia, al mando de la cual iba el propio Peter en persona.

—¿Cómo ha sido, Mark? —preguntó a su amigo.

—No sé. Está todo muy confuso.

—Hay que sacar el cadáver del pozo. ¿Puedes prestarme alguno de tus hombres?

—Haré más. Creo que será ideal emplear una pequeña grúa.

Mark dio las órdenes necesarias y una grúa automóvil se detuvo al borde del pozo.

Una camilla fue suspendida al extremo del cable de acero y dos enfermeros descendieron al fondo del pozo para depositar el cadáver en la camilla.

Apenas fue izada ésta, Peter se aproximó a los restos mortales del desdichado obrero y estuvo examinándolos con cierta minuciosidad.

—Esta vez Taylor tendrá que hablar claro —murmuró entre dientes.

—¿Por que dices eso? —preguntó Mark.

—El hombre ha sido terriblemente mutilado, pero observa su espalda. ¿No ves nada de particular?

Mark miró con atención.

—¿Te refieres a esas grandes manchas negras?

—Exactamente. ¿No te dicen nada?

—No sé qué conclusión sacar. Parecen quemaduras.

—¡Y son quemaduras! —confirmó Peter—. ¡Quemaduras producidas por descargas eléctricas!

Aquellas palabras eran tan asombrosas que Mark hizo un gesto de duda.

—Ten la seguridad de que no me equivoco, Mark. ¡Hasta se percibe el olor a carne quemada!

Mark olfateó atentamente y comprobó la verdad del aserto que hacía su amigo.

—¿Te convences? —preguntó Peter.

—Sí, es cierto. Sin embargo... ¿cómo explicar semejante cosa? La grieta donde apareció muerto ese desdichado no tiene ni la más remota probabilidad de tener un contacto eléctrico. Ni en el pozo, ni siquiera en todo este sector hay ningún cable eléctrico de tensión suficiente para producir una quemadura semejante. Aquí se está trabajando desde hace dos días solamente y ni siquiera hay instalada una buena red de luces.

Los dos amigos se habían ido apartando del grupo de curiosos, al objeto de sostener esta conversación sin testigos que pudieran oírla.

—Te digo que esta vez tendrá que hablar, quiera o no quiera, Taylor. ¡Él tiene la clave de este misterio!

—Me parece que estás obsesionado con esa idea. ¿Cómo quieres que sepa él nada de esto, si ni siquiera se ha acercado por estos lugares?

—Ahora no te puedo explicar, pero te ruego que me acompañes. Yo sólo no sé si me atrevería a dar semejante paso.

Peter estaba tan excitado que Mark no dudó en aceptar la invitación. Recordaba el breve diálogo que sostuviera con él en la enfermería y llegó a la conclusión de que algún secreto pensamiento atormentaba la mente de su amigo.

—Accedo a ir contigo, pero a condición de que tienes que hablar sin rodeos, Peter.

—Te lo diré todo por el camino. Ten la seguridad de que será un gran alivio podértelo contar. Hasta ahora no lo sabemos más que Cis y yo.

—Me di cuenta de que compartía tu secreto el día que te negaste a darme una explicación, pero no quise decirle nada.

—También a ella le exigió Taylor que guardara silencio.

Uno de los enfermeros se acercó a los dos hombres.

—Ya está todo listo, doctor.

—Partamos pues.

Mark se aproximó a Cornell, que había acudido desde su lugar de trabajo y que aún llevaba la cabeza vendada, y le rogó que tomara el mando de sus hombres mientras él se ausentaba.

—Confía en mí —respondió Oliver Cornell.

Peter y Mark subieron a la ambulancia y ésta emprendió su marcha hacia el Puesto Central.

CAPÍTULO V

Cuando unas horas más tarde, Peter y Mark entraron en el despacho de Moses Taylor, el viejo sabio levantó su rostro apesadumbrado hacia los dos hombres y les invitó a sentarse con un gesto de su mano.

—¿Y bien? —dijo, invitando a que hablaran los recién llegados.

—Debe suponer a qué he venido, profesor —respondió secamente Peter.

—Esta vez trae un testigo, ¿verdad? Usted me prometió...

—Hace unas horas ha muerto otro hombre —cortó rápidamente Peter—. Ya son siete los que hay que poner en la lista.

El profesor Taylor inclinó la cabeza y miró fijamente el tablero transparente de su mesa de despacho.

—Este hombre presenta las mismas características que los otros seis que sacamos de la galería derrumbada. Esto quiere decir algo, profesor.

—¿Qué es lo que sospecha usted, Peter? —preguntó con voz impasible Taylor.

—No he querido formar un juicio precipitado, pero usted nos oculta algo. La herida de su brazo presenta las mismas características que pueden observarse en ciertas regiones del cuerpo de esas desgraciadas víctimas. ¿Por qué se negó a darnos una explicación a la doctora Bergen y a mí respecto al «accidente» que sufrió cuando inspeccionaba una de las grietas descubiertas al abrir un nuevo tramo del túnel?

—Ya le dije que me caí —respondió el profesor con voz sorda.

—¡Una caída no produce quemaduras de segundo grado! —saltó Peter—. ¡Quemaduras que, además, han sido producidas por una fuerte descarga eléctrica!

El profesor miró a Peter y no contestó nada.

—Tampoco es natural que usted prohibiera que se hiciese una inspección de aquella grieta y ordenara que se tapiara con diez toneladas de acero —continuó Peter—. Como médico de uno de los sectores del túnel me veo obligado a comunicar a mis superiores las extrañas circunstancias de la muerte de estos hombres y relacionarlas con las quemaduras de idénticas naturaleza que presenta usted en su brazo herido. Espero que mi superior enviará un informe a la Comisión Mundial del Proyecto Landers. He querido

advertirle para que no se me pueda acusar de no hacer juego limpio.

Moses Taylor permaneció pensativo durante unos minutos y, finalmente, abrió un cajón de su despacho y extrajo un pliego de papel color rosa.

—Lea usted, amigo Peter.

Peter y Mark cruzaron una mirada de sorpresa y el primero recorrió con la mirada el escrito.

El pliego llevaba un membrete que decía: «Comisión Mundial del Proyecto Landers.»

Más abajo venía el texto siguiente:

> «Querido profesor Taylor: Hemos estudiado el informe que nos dirige sobre el extraño accidente sufrido por usted, y asimismo el relativo al que ha costado la vida a seis de los trabajadores. Consideramos que el asunto no debe trascender al resto de los obreros y técnicos, pues correríamos el riesgo de que se paralizasen las obras, tejiéndose una leyenda alrededor de esos accidentes, que pondría en peligro una empresa que tantos sacrificios ha costado.
>
> En usted confiamos y aprobamos de antemano las medidas que tenga a bien tomar.»

Aquel documento iba firmado por el presidente del organismo.

Peter levantó los ojos hacia el profesor y pasó el papel a Mark.

—Esto le justifica —admitió.

—¿Pero por qué todo este misterio? —preguntó Mark.

El profesor meditó unos segundos y luego dirigió su mirada inteligente hacia los dos hombres.

—Como dice usted, Peter, esto me justifica. Pero quiero confiar en ustedes y explicarles el porqué de mi actitud.

—Para mí ya es suficiente la lectura de ese documento —admitió Peter.

—Pero tengo ganas de compartir con alguien mi secreto —repuso seriamente Taylor—. ¡Desde hace muchos días no puedo pensar en otra cosa!

—¿Tan grave es el asunto? —preguntó Mark.

—No sé cómo calificarlo —repuso Taylor—. Quizás le sentaría mejor el calificativo de extraño.

Peter y Mark estaban intrigados y guardaron silencio para que el

profesor no demorase su relato.

—¿Usted recuerda dónde sufrí el accidente, verdad, Peter?

—Así es.

—Estaba examinando aquella grieta —continuó el profesor— porque quería adelantar unos trabajos. Solo me introduje en ella, auxiliándome con la luz de mi linterna eléctrica. Al principio me detuve examinando los minerales que mostraba la fisura, luego vi que la grieta se ensanchaba, dando paso a un amplio lugar abovedado.

—De eso no me dijo nada cuando lo asistí —dijo Peter.

—Precisamente hice obstruir la grieta con diez toneladas de acero, para que nadie se percatara de que existía aquella gruta, pues fue en ella donde sufrí el ataque.

—¿Quiere decir que alguien le agredió en el interior de la gruta? —preguntó Mark.

—Eso es lo que quiero decir —confirmó el profesor.

—¿Algún obrero que lo siguió a usted hasta ese lugar?

Moses Taylor movió negativamente la cabeza.

—¿Entonces, quién?

—Ése es el misterio —afirmó el profesor—. Yo estaba de espaldas cuando oí un extraño silbido cerca de mí. Quise volverme y enfocar el haz de mi linterna hacia un rincón de la cueva, pero no llegué a conseguirlo. Alguien o «algo» saltó sobre mí.

—¿Qué quiere decir algo?

—No puedo precisar, pues la linterna rodó por tierra y sólo pude ver dos puntos fosforescentes, suspendidos en el aire, que se abalanzaban sobre mí. Me dio la impresión de que eran dos ojos malignos.

—Fue una lástima que no pudiera precisar más —comentó Mark.

—Entonces sentí el impacto de aquel cuerpo contra el mío y caí al suelo.

—¿Y la descarga eléctrica? —preguntó Peter.

—La recibí en el mismo momento en que aquel cuerpo chocaba con el mío. Un terrible calambre sacudió todos mis músculos y olfateé el olor de mi propia carne quemada. La lesión que usted me curó, Peter, fue el lugar donde mi cuerpo entró en contacto con el del misterioso ser que me atacó en la semioscuridad.

—¿Tuvo que luchar para salvar la vida? —preguntó Mark.

—No. Además no hubiese podido, paralizado momentáneamente por la sacudida eléctrica. Mi extraño agresor saltó sobre mi cuerpo y huyó hacia las profundidades de la sima.

Quizás mi presencia le asustó tanto como la suya me había asustado a mí y no tenía otro propósito que escapar.

El profesor Taylor había concluido su relato y observó atentamente la cara de sus interlocutores.

Tanto Mark como Peter habían quedado absortos y sus facciones expresaban toda la sorpresa que les causaba aquella confesión.

—¿Comprenden ahora el porqué no he querido hacer público esto? Lo sucedido resulta tan inverosímil que yo mismo dudo de que haya podido ser cierto.

—Pero eso está comprobado por las extrañas quemaduras que sufrió usted en el brazo —arguyó Peter.

—Y que también se han observado en las otras siete víctimas —terció Mark.

—Lo malo del asunto es que no podemos dar una explicación razonable al asunto —continuó el profesor—. En esas condiciones es mejor que la cuestión permanezca en secreto. ¿Ustedes se imaginan lo que sucedería si los hombres que trabajan en el túnel trasatlántico conocieran los hechos? Se creerían mil leyendas y acabarían abandonando el trabajo.

—Eso es casi seguro —asintió Mark—. No hay nada que sea más temible que lo desconocido. El ser humano es capaz de enfrentarse con cualquier peligro, por grande que éste sea, con tal de saber con certeza de qué se trata; pero luchar contra un enigma...

—Eso es lo que quiero evitar —intervino Taylor—. Este túnel ha costado el esfuerzo de muchos cientos de miles de personas, muchas de las cuales dejaron su vida en la empresa. Desde que se inició su construcción, con la colaboración de todos los gobiernos del mundo, la Humanidad tuvo un nuevo objetivo que conquistar y se acabaron las guerras. ¿Vamos a abandonar cuando ya tenemos el triunfo al alcance de la mano? Los que murieron batallando por conseguir que toda la Tierra estuviera ligada por un camino de tierra firme nos hicieron un legado, al cual no podemos renunciar. He ahí la cuestión.

—¡Pero de algún modo hemos de proteger a nuestros hombres contra ese misterioso peligro! —exclamó Mark.

—La Comisión Interplanetaria Mundial, que está en antecedentes del asunto, me ha prometido el envío de algunos investigadores que procederán con la mayor discreción posible. También hemos recibido algunas armas, especialmente diseñadas para nosotros, y de las cuales pienso hacer entrega a los capataces

y a los técnicos. Justificaremos esto de la mejor manera posible.

—Comprendo que le pesara este secreto —afirmó Mark—. Podemos garantizarle que no tendrá que arrepentirse de habérnoslo confiado.

—De eso puede estar seguro —confirmó Peter.

—Les doy las gracias por esas palabras, amigos míos. ¡Dios quiera que consigamos acelerar los trabajos y hagamos la conexión con la otra parte del túnel sin que ningún nuevo incidente venga a perturbarnos!

El motivo de la entrevista había terminado y los dos amigos se despidieron del profesor Taylor, renovando sus promesas de confianza y lealtad.

Cis los esperaba en el antedespacho y tuvieron que inventar una historia para no contarle la verdad, evitándole preocupaciones.

Pero desde aquel día, ya no fue solamente el profesor Moses Taylor quien mostrara a los demás su gesto preocupado. Mark y Peter también tenían motivos para mostrarse taciturnos y con pocas ganas de sonreír.

CAPÍTULO VI

El reparto de armas se hizo bajo el pretexto de que una banda de locos saboteadores de la tierra se habían juramentado para hacer fracasar la gigantesca empresa, cuando ya la victoria estaba al alcance de la mano.

El telegrama que envió la Comisión Mundial para el Proyecto Landers, redactado en este sentido, fue leído a todos los que trabajaban en el túnel y la medida tuvo una aprobación general.

En el fondo de su corazón todos estaban orgullosos de contribuir a la construcción de la descomunal obra de ingeniería, y se sentían dispuestos a defenderla al precio que fuese.

Dichas armas eran pistolas y fusiles de diseño especial, los cuales llevaban adaptado un minúsculo pero potente reflector, cuyo haz de luz en abanico podía iluminar la presa al mismo tiempo que se hacía puntería sobre ella desde la oscuridad.

Mark se entregó con más ahínco que nunca a su trabajo, pues tampoco a él le gustaba vivir bajo la amenaza de aquel extraño peligro.

Un aspecto muy importante de la cuestión era la propia Cis. La relación entre los dos seres era cada vez más estrecha y Mark hubo de confesarse que comenzaba a amarla.

También por ella se sentía preocupado y procuraba alejarla de aquellos lugares donde pudiera acecharla el peligro.

El túnel excavado en el subsuelo oceánico profundizaba cada vez más y, de vez en cuando, aparecían terribles y profundas grietas, cuyo trazado laberíntico se perdía en las entrañas tenebrosas de la tierra.

Aquellas hendiduras atraían a Mark irresistiblemente. En sitios semejantes se habían producido los «accidentes» de características tan misteriosas y un morboso sentimiento de curiosidad lo impulsaba hacia aquellos lugares.

Alguna vez se acercaba a las brechas abiertas en la roca y pasaba algunos minutos con los ojos fijos en su interior, esperando, quizás, ver relucir un par de ojos fosforescentes.

Su audacia le llevó en más de una ocasión a introducirse un buen trecho por aquellas aberturas que parecían conducir al interior mismo del infierno.

Un par de veces creyó percibir el sordo y acompasado silbido

que oyera en la galería donde habían encontrado la muerte seis de sus hombres. Entonces crispaba las manos sobre su fusil y permanecía con todos los músculos en tensión, dispuesto a enfrentarse con lo que fuera.

Por fortuna, las cosas nunca pasaron de ser una falsa alarma o, al menos, no tomaron un cariz más dramático.

Los turnos de trabajadores se relevaban sin cesar y, en ocasiones, pasaban dos o tres días sin regresar a sus bases, haciendo Mark que les sirvieran la comida sobre los mismos lugares de trabajo.

Un día, poco antes de la cena, recibió la visita de Oliver Cornell.

—¿Cómo van las cosas, Oliver? —le preguntó Mark, dejando por un instante la dirección personal de las dos poderosas excavadoras.

—iMe parece que te has empeñado en que reventemos! —sonrió Oliver—. ¡Hemos avanzado más en una semana que en un mes entero!

—A este ritmo conectaremos con la otra mitad del túnel antes de dos meses.

—Lo que conectaremos es con el otro mundo, pues no hay ser humano capaz de aguantar este tren durante mucho tiempo.

—Tú no puedes quejarte. ¡Tienes un aspecto magnífico!

—Veremos lo que dura.

—¿Has conectado la última sección de aluminio?

—Sí, Mark. En cuanto acabéis esta excavación conectaremos el otro extremo. Ya tengo todas las piezas preparadas.

—Me parece magnífico —concedió Mark.

—¿Qué te propones con tantas prisas? Nunca ha habido necesidad de esforzarse de esta manera. La construcción del túnel ha durado casi un siglo. ¡Unas semanas más o menos no tienen importancia!

—Es necesario acabar cuanto antes —contestó Mark.

—¿Sabes que te encuentro muy raro, Mark? Tanto tú como Peter me dais algún cuidado.

—¿A qué viene eso ahora?

—Os habéis vuelto taciturnos y siempre andáis cuchicheando en voz baja.

—Es que Peter me habla de su vieja tía, a cuya muerte heredará unos cuantos millones de dólares. Yo le aconsejo diversos procedimientos para facilitar su feliz tránsito al otro mundo. ¡Comprenderás que no debemos comentar esas cosas en voz alta!

—¡Al diablo la tía de Peter! —rezongó Oliver—. Te advierto que

no me engañas haciendo una exhibición de tu macabro humor.

—No pasa nada —sonrió Mark—. Lo que sucede es que te haces viejo y lo miras todo con desconfianza.

—Luego está el asunto ése de las armas. ¿Tú has creído ni una sola palabra del comunicado oficial? ¡Saboteadores! En la vida se me hubiese ocurrido pensar en semejante majadería.

—Decididamente estás hecho un viejo gruñón —rió Mark.

Oliver miró de hito en hito a su amigo y acabó por lanzar una carcajada.

—¡Es posible que tengas razón! —exclamó—. Creo que ya hace demasiado tiempo que estoy metido en esta madriguera de topos.

—¿Cuándo tuviste el último permiso?

—Hace año y medio que estuve por última vez allá arriba —dijo señalando con el dedo por encima de su cabeza—. No es que no haya tenido oportunidades para hacer un nuevo viaje a la superficie, pero uno acaba creyéndose imprescindible y no ve nunca el momento de dejar los trabajos en manos de sus ayudantes. A ti acabará pasándote lo mismo.

—Creo que ya me pasa —sonrió Mark.

—¡Ah, se me olvidaba! —dijo Oliver cambiando de conversación —. Me han dado recuerdos para ti.

—¿Sí? ¿Quién ha sido?

—Una persona que te hará una visita dentro de una hora.

—No sé a quién te refieres.

—Se trata de Cis. A la pobre no parece que le sienta muy bien estar varios días sin verte.

—¿Y dices que va a venir a verme?

—Sí. Se encuentra muy cerca de aquí.

Mark miró con extrañeza a su amigo.

—¿Qué es lo que hace por aquí?

—Dice que, como mantienes a tus hombres apartados de la base durante varios días, se ve obligada a venir hasta su lugar de trabajo para hacerles el reconocimiento que habitualmente se les hace cada semana.

—Me extraña que no haya pasado por aquí.

—Primero iba a la galería lateral que se abrió ayer. Dice que los hombres que trabajan en ella lo hacen en peores condiciones que los demás.

Una palidez mortal cubrió las facciones de Mark.

—¿Te refieres a la galería auxiliar C-7?

—Efectivamente —respondió Oliver.

—¡Pero si esa galería está abandonada! ¡He dado órdenes para

que la obstruyan con acero fundido!

—No lo sabía, pero ése no es motivo para que te muestres tan excitado, Mark. ¿Qué demonios sucede?

—¡Es preciso que vayamos al encuentro de Cis!

—Está bien. Iremos a buscarla, pero no comprendo tu excitación.

—¡Esa galería tiene una tremenda grieta lateral!

—¿Y qué puede importar eso?

Pero ya Mark no le escuchaba. Había descolgado el fusil de su hombro y, empuñándolo nerviosamente, corría a toda velocidad hacia el lugar donde se había taladrado la galería auxiliar.

Oliver lo llamó varias veces, incapaz de comprender la ansiedad que dominaba a su amigo, pero en vista del poco éxito que tuvieron sus voces optó por echar a correr en pos de él.

Mark había perdido el dominio de sí mismo y un negro presentimiento le atenazó el corazón.

Sin darse ni un segundo de reposo corrió con toda la velocidad que le permitían sus piernas hasta enfrentarse con la oscura boca de la galería.

Encendió la linterna que llevaba en su casco de acero y comenzó a penetrar en la galería.

—¡Cis! —gritó—. ¿Dónde estás, Cis?

Su voz retumbó por las paredes de la galería y le devolvió el eco sarcástico de su propio acento.

La galería tenía más de quinientos metros de longitud y hacía algunas curvas que le impedían dominar toda su extensión con la mirada.

Tropezando y cayéndose siguió su loca carrera, en un desesperado esfuerzo por llegar cuanto antes al lado de la mujer.

Cis no había sido advertida de que no había nadie en la galería y estaría caminando en espera de encontrar a los trabajadores.

Al pasar por determinado tramo de la galería, una bocanada de aire espeso y caliente le indicó que acababa de pasar por la grieta, cuya aparición le había determinado a ordenar que fuera cerrada la galería al día siguiente y que nadie trabajase en ella.

Según sus cálculos ya debía haber recorrido más de trescientos metros. Dobló una curva y vio a unos cincuenta metros una luz que avanzaba hacia él.

—¡Cis! ¿Eres tú, Cis?

—Sí, yo soy. ¿Quién me llama?

Mark salvó la distancia que los separaba y Cis lanzó una exclamación de sorpresa.

—iMark!

—¡Gracias a Dios que he dado contigo!

—¿Pero qué te sucede que estás tan agitado? —preguntó la muchacha con extrañeza.

Mark no supo explicarse por el momento. Rodeó el talle de la mujer con sus brazos y depositó en sus maravillosos labios un apasionado beso.

Cis no hizo resistencia, pero su extrañeza aumentó considerablemente.

Durante unos segundos permanecieron abrazados sin que se cruzara entre los dos ni una sola palabra.

Fue Cis la primera en reaccionar.

—Una mujer no debe pedir explicaciones cuando la besa por primera vez el hombre que ella ama —dijo con deliciosa naturalidad —, pero convendrás conmigo que la situación no puede ser más extraordinaria.

—¡Te adoro, Cis! —exclamó Mark apasionadamente.

—Hace una semana que estaba esperando oírte estas palabras —sonrió Cis—, pero no comprendo por qué se te ha ocurrido elegir este momento para hacerlo. ¿Sucede algo?

—He pasado un gran susto al saber que te habías introducido sola en esta galería en la que no hay nadie.

—¿Y qué importancia tiene eso? He llegado al final y, convencida de que no hay nadie, efectivamente, regresaba de nuevo hacia el túnel. ¿Tiene eso la menor importancia?

Aquellas palabras hicieron comprender a Mark cuán precipitada había sido su actitud. Realmente no podía explicar a Cis el porqué de tan angustiosa búsqueda.

—Ahora no puedo explicártelo, querida —dijo cariñosamente—. Sólo puedo decirte que llegué a temer por tu existencia. La sola idea de que pudiera sucederte algo me hizo perder la serenidad.

—Bueno será que vaya conociendo tus reacciones —sonrió Cis —. Después de todo no me quejo, pues que esa reacción ha venido a poner en claro algo que yo sospechaba respecto a tus sentimientos, pero que temía fuera tan solo un anhelo de mi corazón.

Mark se inclinó sobre Cis y volvió a besarla apasionadamente.

—No quiero que te separes nunca de mi lado —murmuró.

—Ése es mi deseo —replicó suavemente Cis.

—Ahora vámonos cuanto antes de aquí.

Ya se disponían a reemprender la marcha cuando oyeron el ruido de unas pisadas que se aproximaban.

Oliver dio la vuelta a un recodo y se topó de manos a boca con los dos enamorados.

—¡Al fin os encuentro! ¿Se puede saber qué diantres pasa aquí?

—¿También tú venías a buscarme, Oliver? —preguntó divertida Cis.

—Este loco de Mark salió como una flecha hacia esta galería y no he tenido más remedio que seguirlo. ¡Me parece que estamos empezando a perder la cabeza todos!

—La cosa no tiene ninguna importancia —dijo Mark, el cual volvía a ser dueño de sí mismo—. Por un momento perdí la cabeza.

—Lo malo del asunto es que me la has hecho perder a mí —se quejó Oliver.

—Salgamos de esta galería.

—Espera un momento a que recobre mis alientos —suplicó Oliver—. La carrera ha acabado casi completamente con mis fuerzas.

Mark accedió al deseo de su amigo y durante unos minutos permanecieron plantados en aquel sitio, en espera de que Oliver se recuperara.

—Ya empiezo a encontrarme mejor. Podemos partir cuando queráis.

Con paso mesurado reemprendieron la marcha hacia la salida.

Faltaban unos metros para llegar al recodo cuando Mark se detuvo en seco e hizo una seña a sus amigos para que le imitaran.

—¿Qué sucede ahora? —rezongó Oliver.

—Escuchad —dijo con hilo de voz.

Hasta los oídos de los tres seres llegó indistintamente un sordo y acompasado silbido.

—¡Diantres! —exclamó Oliver.

El silbido venía de la otra parte del recodo y parecía estar mezclado con una especie de gruñido de matiz indefinible.

—¡Apagad la luz de vuestras linternas! —ordenó Mark en voz baja, al tiempo que hacía él lo propio con la suya.

La situación era desconcertante para Cis y Oliver, pero el tono de la voz de Mark no permitía réplica.

Ya en la más completa oscuridad volvieron a escuchar la voz de nuestro héroe.

—Sólo puedo deciros que estamos ante un gran peligro. ¡Por Dios, no perdáis la serenidad!

—¿Puedo saber de qué se trata? —susurró Oliver.

—Ahora no puedo explicarme. Tú, Cis, ponte detrás de nosotros. Tú, Oliver, disponte a luchar.

Los dos hombres empuñaron sus fusiles y guardaron un absoluto silencio durante unos segundos.

Con perfecta claridad oían el acompasado silbido y «alguien» se removió a la otra parte del recodo.

—Camina junto a mí y procura que no nos estorbemos si hay que hacer fuego rápidamente —susurró Mark al oído de su amigo.

Lentamente fueron avanzando en dirección al recodo.

La emoción les hacía contener la respiración y podía escucharse el latir de sus corazones.

Por fin dieron la vuelta a aquel saliente de la estrecha galería y ante sus ojos aparecieron dos puntos fosforescentes, los cuales parecían estar fijos en el lugar por donde ellos venían.

Mark apretó el botón que encendía la luz de su fusil y el fino y potente haz de luz iluminó un buen trozo de la galería.

Lo que vieron los ojos de los dos hombres fue algo que heló la sangre en sus venas.

Oliver ahogó un grito de horror en su garganta y retrocedió un paso instintivamente.

—¡Dios mío! —dijo.

CAPÍTULO VII

Una criatura propia de una pesadilla había aparecido ante los asombrados ojos de los dos hombres.

Cis, que estaba fuera del campo de visión, se sintió espoleada por la curiosidad y avanzó unos pasos, llegando a la altura de Oliver.

Un grito se escapó de su garganta.

Aquella criatura infernal era una especie de lagarto de grandes proporciones.

Su cuerpo era escamoso y de un color verde oscuro. Las cuatro patas terminadas en garras eran largas, pero se doblaban de tal modo por los codos que el vientre de la bestia se apoyaba en el suelo, como es usual en los reptiles.

Sus dimensiones aproximadas, desde la cabeza hasta el extremo de la puntiaguda cola, serían de unos dos metros.

Pero si todo era fantástico en aquella criatura del averno, nada resultaba tan impresionante como su cabeza. Ésta guardaba cierta semejanza con la de un ser humano. Tenía dos orejas puntiagudas, pegadas a un estrecho cráneo, cuya bóveda terminaba en una redondeada arista; la boca era triangular, pero estaba dotada de labios y los pómulos eran idénticos a los de una cara humana.

Pero, sobre todo, eran sus ojos los que mayor impresión daban de estar ante un ser intermedio entre el hombre y la bestia.

Eran unos ojillos redondos que miraban con la misma intensidad y fijeza con que lo haría un ser racional.

Si en la oscuridad resultaban fosforescentes ahora, bajo el haz de luz que proyectaba el fusil de Mark, eran rojos y con un feroz tinte de malignidad en la mirada.

Mark lo tenía encañonado con su fusil y el monstruo miraba como hipnotizado el foco de luz que casi lo cegaba por completo.

El mismo Mark se sentía incapaz de disparar, fascinado por la asombrosa aparición de aquel ser desconocido que venía a revelarle un mundo misterioso y sobrecogedor.

Hombre y bestia se miraban fijamente y no movían ni un solo músculo de su cuerpo.

—¡Retrocede, Mark! —suplicó Cis con voz que se ahogaba en su garganta.

Pero nuestro hombre sabía que de nada serviría aquello. Una

recóndita intuición le advertía de que había comenzado un duelo, que sólo podría acabar con la muerte de uno de los dos contendientes.

Sin embargo, era tal la tensión de sus nervios, que su voluntad se negaba a ordenar el simple movimiento de apretar el gatillo.

Con penetrante mirada enfilaba el punto de mira de su arma y éste apuntaba a uno de aquellos fantásticos y casi humanos ojos.

Su pulso era firme y más que miedo sentía un profundo asombro, sin embargo, se sentía incapaz de apretar el gatillo y acabar de una vez con aquella situación.

—¡Mark! ¡Mark! —exclamó la voz de Cis a sus espaldas.

El sordo silbido del monstruoso reptil había subido de tono y parecía presagiar una próxima y feroz acometida.

Mark sabía que no sería él quien primero se moviera. Cualquier movimiento de la bestia sería suficiente para romper la extraña fascinación que le había producido la sorpresa de encontrarse de pronto frente a un mundo inesperado y desconocido, el cual se manifestaba de la manera más prodigiosa.

El silbido que emitía el animal al respirar terminaba en una aguda nota en cada compás, capaz de sobrecoger el ánimo del hombre más valeroso.

De pronto, el monstruo se removió. Levantó su pesado cuerpo sobre las cuatro patas, centellearon sus ojos y se lanzó a una decidida acometida.

El encanto se había roto. Mark fue de nuevo dueño de sus movimientos y, rectificando bajo la marcha del monstruo su puntería, apretó el gatillo.

Una fuerte detonación hizo que se estremecieran las paredes de la galería.

El terrorífico monstruo emitió un agudo y estremecedor silbido y dio un violento salto en el aire, retorciéndose trágicamente antes de la caída.

Mark retrocedió unos pasos para evitar ser alcanzado por aquel poderoso cuerpo y vio cómo el gigantesco lagarto se desplomaba a sus pies.

El animal había sido alcanzado de pleno por el disparo de Mark y se retorció en el suelo con la agonía de la muerte.

Su poderosa cola, parecida a la de un cocodrilo, batía furiosamente el aire y descargaba tremendos golpes contra el suelo, haciéndolo retumbar.

Pero la agonía de aquella criatura de la naturaleza fue muy corta. Intentó levantarse sobre sus cuatro patas y, por un momento

pareció que iba a conseguirlo.

Con las patas rígidas, la cola pegada al suelo y arqueado el escamoso lomo, aún pareció más terrible que unos segundos antes.

Pero aquél fue el último esfuerzo para aferrarse a la vida que se le escapaba.

Pesadamente cayó al suelo y quedó inmóvil. La lucha había terminado.

Mark se volvió hacia Cis y Oliver y los vio sobrecogidos por la dramática escena que acababa de desarrollarse.

—¡Apenas si puedo dar crédito a lo que han visto mis ojos! —murmuró Oliver—. Fue tal mi sorpresa que me sentí incapaz de reaccionar.

—¡Oh, Mark! —exclamó Cis, al tiempo que se estrechaba en un gesto instintivo contra el pecho de su amado.

—Tranquilízate, querida. La lucha ha terminado.

—¡Ha sido horrible! ¡Más bien parece una visión de pesadilla!

—Ahora ya ha pasado el peligro.

Pero aquellas palabras tranquilizadoras de Mark iban a verse desmentidas muy pronto.

Fue Oliver el que dio la voz de alarma.

—¡Cuidado, Mark!

Éste se volvió rápidamente y vio que, de la profunda grieta de la pared, surgía otra de aquellas monstruosas criaturas y otra más le seguía un segundo más tarde.

Los dos nuevos monstruos se acercaron con pasos que parecían tener la vibración de un relámpago y lo olfatearon brevemente. Luego se volvieron hacia donde estaban los tres seres humanos y se lanzaron a la carga.

El primero en disparar fue Oliver, cuyo fusil automático atronó el aire por dos veces consecutivas.

Una de las dos bestias fue alcanzada por los disparos, pero no de manera tan decisiva como para detener su avance.

—¡Atrás! ¡Atrás¡ —gritó Mark.

Cis estaba paralizada por el terror y se sentía incapaz de dar un solo paso, pero Mark le dio un fuerte empujón y la mujer comenzó a retroceder precipitadamente.

En la oscuridad de la fatídica galería comenzó una terrible carrera.

Mark no pretendía otra cosa que conseguir alargar las distancias, pues recordaba el extraño poder eléctrico de aquellos seres del interior de la tierra y temía que alguien de los tres pudiera ser víctima de su mortal contacto.

Sobre el apagado ruido de sus pisadas en la blanda tierra podía escucharse una especie de patear metálico, que indicaba claramente cuál era la posición que ocupaban los dos monstruos en la persecución de sus pretendidas víctimas.

Mark era absolutamente dueño de sí mismo y aguzaba el oído para calcular el momento preciso en que debía volverse y hacer frente a las feroces bestias.

—¡Hay que detenerse y disparar en una fracción de segundo! —le gritó a Oliver.

—Da la orden cuando quieras —dijo éste sin aminorar la marcha.

Mark aún dejó pasar algunos segundos.

—¡Ahora! —exclamó.

Los dos hombres se pararon en seco, y, girando sobre sus talones, dispararon, casi sin apuntar.

Las dos detonaciones rasgaron el aire cargado de espanto de la galería.

La certera puntería de Mark hizo un blanco perfecto y la bestia que avanzaba en primer lugar dio un salto terrible y se desplomó en tierra sin vida.

Oliver había alcanzado al otro monstruo, pero la herida no era mortal, continuando éste su avance.

Las distancias se acortaban por momentos y los dos hombres abrieron un fuego desesperado y continuo sobre el espantoso animal.

La galería se inundó de estampidos y más de veinte disparos partieron hacia el cuerpo amenazador que avanzaba.

Por fin fue tocado el monstruo en algún punto vital y su vientre se aplastó contra el suelo, como indicio de que había perdido la partida.

Tuvo dos o tres sacudidas convulsivas y quedó inerte.

De nuevo los dos hombres habían ganado la batalla.

Al hacerse el silencio, Cis que se había alejado bastante volvió sobre sus pasos y se reunió con los dos hombres.

—¿Estáis heridos? —preguntó con angustiada voz.

—Estamos bien —respondió Mark recibiéndola en brazos.

—¡Es una horrorosa pesadilla! —exclamó Cis.

—Es necesario conservar el valor —animó Mark.

Oliver no había abandonado la guardia y enfocaba con la luz de su fusil el camino por donde podían presentarse otros ejemplares de aquella fauna espantosa.

Pasaron unos minutos y ningún ruido vino a turbar el silencio

que reinaba en la galería.

—Es preciso que nos decidamos a volver —dijo Mark.

—¡No, Mark! ¡No! —gritó histéricamente Cis.

—Esta galería no tiene otra salida que la que pasa por la grieta —respondió serenamente Mark.

—¡Sería horrible enfrentarse de nuevo con esos repugnantes monstruos!

—No tenemos más remedio que enfrentar esa posibilidad.

—Ahora no se oye ningún ruido —dijo Oliver—. Creo que debemos aprovechar este momento.

—¡Vamos! —decidió Mark—. Tú, Cis camina a nuestras espaldas.

La mujer consiguió dominar sus nervios y no volvió a poner ninguna objeción.

—Vamos —dijo.

Con las armas dispuestas para entrar en acción comenzaron a caminar hacia la salida.

Con gran cuidado pasaron por encima de los cuerpos de las dos bestias que yacían sin vida a pocos metros de distancia.

—Si nos atacaran de nuevo y fuesen varios los monstruos que viniesen sobre nosotros, yo dispararía a la derecha y tú a la izquierda —dijo Mark.

—De acuerdo —contestó Oliver.

Lentamente y con todos los músculos, en tensión fueron avanzando.

Por fin llegaron al cadáver de su primer adversario, el cual estaba en la misma posición que lo habían visto caer.

No cabía la menor duda de que el disparo de Mark había sido certero.

Pasaron sobre su cuerpo y no tardaron en llegar a la horrible grieta por donde vieran aparecer las espantosas figuras de los dos reptiles.

Mark fue el primero en pasar a la altura de la pavorosa grieta y se plantó frente a ella, apuntando hacia su interior con el fusil.

—¡Pasad rápidamente! —ordenó.

Cis tuvo un movimiento de vacilación, pero Oliver la cogió del brazo y la obligó a caminar.

El rayo de luz del fusil de Mark iluminó la grieta en un buen trecho y no pudo descubrir a ningún otro monstruo.

Una vez hubieron pasado sus dos amigos abandonó su posición y les siguió.

—¡Ahora a correr! —dijo.

—Me sorprende que desde el túnel no hayan oído nuestros disparos, Mark. ¿Por qué no han venido en nuestra ayuda esos condenados?

—No tenemos tiempo para hacer deducciones. Corre tú delante y yo cubriré la retirada. Tú, Cis, ve detrás de Oliver y no te detengas por nada.

El trío comenzó a correr, después, de haber encendido de nuevo las linternas de sus cascos.

Mark se detenía de vez en cuando y aguzaba el oído para ver si eran seguidos, pero un silencio sepulcral reinaba a sus espaldas.

Era tan horroroso cuanto dejaban atrás que no sentían el cansancio ni los golpes que se daban contra los salientes rocosos de la galería.

Por fin comenzaron a ver una difusa claridad a lo lejos y la esperanza renació en sus corazones con ímpetu incontenible.

—¡Eh, Mark! —gritó Oliver sin disminuir la veloz marcha—. ¡En el túnel sucede algo anormal!

—¡Sigue corriendo a pesar de todo! —ordenó Mark.

Dos minutos más tarde alcanzaban la boca de entrada de la galería.

Cuando salieron al túnel les esperaba una nueva y desagradable sorpresa.

La luz roja que daba la señal de peligro oscilaba intermitentemente y los hombres corrían en todas direcciones despavoridos.

CAPÍTULO VIII

—Algo muy grave pasa —comentó Oliver—. La señal indica peligro máximo.

La algarabía que reinaba en aquel tramo del túnel trasatlántico era verdaderamente infernal.

Todos corrían en distintas direcciones y una confusión inaudita de voces llenaba la atmósfera con un griterío ensordecedor.

Mark detuvo al paso a uno de aquellos seres despavoridos.

—¿Qué sucede? —le preguntó.

El hombre lo miró como si estuviera viendo visiones y desprendiéndose con violencia continuó su loca carrera.

—¿Pero qué sucede que de tal modo han perdido todos la cabeza? —se dijo en voz alta.

—Nunca los había visto tan enloquecidos por el terror —exclamó Oliver.

Durante unos segundos permanecieron clavados a la entrada de la galería, sin acertar a comprender con exactitud qué era lo que pasaba.

Una voz sonó potente a su derecha.

—¡Mark! ¡Mark!

Se volvieron y vieron avanzar hacia ellos a Peter.

—¡Peter! —exclamaron al mismo tiempo los tres.

—¿Cómo estáis? ¿Se encuentra alguno herido?

—Estamos bien —respondió Mark.

—Me enteré de que estábais en la galería abandonada poco antes de que se iniciara la alarma.

—¿Pero qué es lo que sucede? La gente corre enloquecida.

—¡Algo terrible, amigos míos! ¡El túnel se ha hundido en el tramo anterior a éste!

La noticia cayó como un mazazo sobre los fugitivos de la muerte.

—¿Hundido, dices? —preguntó Mark.

—Sí, Mark. La zanja sobre la que se apoyaban las secciones de aluminio y plástico ha cedido unos cuantos metros.

—¡Pero eso es terrible! —exclamó Oliver.

—Desgraciadamente cierto —respondió Peter—. Centenares de hombres han muerto aplastados por el terrible peso de las aguas, al ceder las paredes de aluminio. Estamos islados del resto de la

construcción y no creo que podamos sobrevivir.

La noticia no podía ser más impresionante. Aquél era un tipo de accidente del que apenas si tenía recuerdo de otro semejante, acaecido treinta años antes.

—¿Has conseguido comunicar con el Puesto Central? —preguntó Mark.

—Me ha sido imposible, pues no dispongo del aparato emisor de radio. Yo acababa de llegar a esta sección cuando se produjo la alarma.

—Seguidme —ordenó Mark—. Quizá encuentre mi emisora donde la dejé hace una hora.

El pequeño grupo se puso en marcha y tuvieron que esforzarse en abrirse paso entre la multitud que se agitaba en todas direcciones, acosados por la inminencia de la muerte.

Cuando llegaron al lugar donde Mark había estado trabajando una hora antes vieron al capataz Carey, el cual estaba sentado sobre el saliente de una roca y esperaba con sereno fatalismo la muerte.

—¡Carey!

—¡Señor Freeman! —exclamó el hombre poniéndose de pie.

—¿Has visto mi equipo emisor-receptor?

—Sí —dijo el capataz—. Se lo traigo al momento.

Se dirigió hacia un rincón y no tardó en volver con lo que pedía Mark.

—Esto se ha terminado, señor Freeman —dijo el hombre, al tiempo que le entregaba el aparato a nuestro amigo.

—¿No has intentado comunicar con el Puesto Central?

—Yo no sé manipular ese aparato, señor. Después de todo, da igual. Se trata de un hundimiento y eso tiene mal remedio. Por pura casualidad ha quedado intacto uno de los cables que nos proporcionan la luz, pero todos los demás servicios han quedado totalmente interrumpidos. Moriremos asfixiados, si es que no nos aplasta antes el peso de las aguas, que acabará venciendo la resistencia de las paredes.

Mark, como técnico en la cuestión sabía cuán ciertas eran aquellas palabras, pero se abstuvo de hacer el menor comentario.

La resistencia del túnel estaba calculada para su totalidad y una sección aislada tenía cero posibilidades de resistir durante mucho tiempo.

Tomó el aparato emisor-receptor, dio vuelta a una clavija para dirigir la emisión a través del agua e hizo la señal de contacto.

—Aquí Mark Freeman. Aquí Mark Freeman llama a Puesto

Central. Contesten.

Guardó silencio unos segundos y esperó.

En vista de que no recibía contestación volvió a repetir la llamada.

—Freeman llama a Puesto Central. Freeman llama a Puesto Central. Contesten.

El aparato inició un breve chisporroteo y una voz lejana se dejó oir.

—Puesto Central al habla. Puesto Central al habla. ¿Me oye, Freeman?

—Sí, estoy a la escucha.

La voz que venía desde el Puesto Central era la del profesor Moses Taylor.

—¿Qué es lo que ha sucedido exactamente, profesor?

—Se trata de un terremoto submarino —contestó la voz emocionada del profesor—. El epicentro se encuentra a quinientas millas de este Puesto Central, pero sus ondas de propagación llegan hasta nosotros.

—¿Qué ha sucedido con el túnel?

—Resiste bien excepto el tramo que liga ese lugar y el Puesto Central. La zanja se ha hundido unos cuantos metros y las paredes del tramo han cedido. ¡Están ustedes completamente aislados!

—¿Pueden socorrernos?

Un largo silencio se hizo antes de que la voz emocionada del profesor se oyera de nuevo.

—Lo vamos a intentar con todas nuestras fuerzas pero... no conseguiremos abrir una nueva galería en menos de cinco días.

Todos los que escuchaban sabían lo que aquello quería decir. Aquel tramo del túnel no resistiría la enorme presión de las aguas oceánicas más de una o dos horas. ¡Quizá tan sólo unos minutos!

—Lo comprendo, profesor —dijo Mark con voz apagada.

—Sé que usted y los hombres que le acompañan son valerosos. Todos rogamos al Cielo por ustedes.

—Está bien, profesor —respondió Mark, procurando infundir a su voz un tono firme—. Sabremos afrontar el trance con entereza.

—¡Que Dios esté con ustedes!

Mark guardó silencio unos momentos y respiró profundamente.

—¿Me oye, Mark? —continuó la voz del profesor.

—Sí, profesor. Abandono la comunicación para reunirme con mis hombres. Si dentro de una hora no ha sucedido lo inevitable volveré a comunicar con usted.

—Estaremos a la escucha.

Mark cortó la comunicación y miró a sus amigos. Nadie había perdido ni una sola palabra del trágico diálogo y sus rostros mostraban una firme decisión.

Fue Cis la única que dijo algunas palabras.

—¡Oh, Mark, amor mío! —musitó al tiempo que se apretaba contra el pecho de su amado.

La emotiva escena quedó inmovilizada durante un par de minutos, hasta que Mark se deshizo del dulce abrazo.

—No amarguemos los últimos momentos de nuestra existencia —dijo—. Nuestro deber nos llama al lado de los hombres que han quedado aprisionados por este cepo de la muerte. Vamos con ellos.

Alrededor de dos centenares de obreros habían quedado prisioneros en aquel tramo del túnel y golpeaban sus paredes con desesperación. La compuerta que impedía la entrada del agua había sido cerrada desde el Puesto Central y toda esperanza había terminado.

CAPÍTULO IX

Sesenta angustiosos minutos pasaron con la rapidez de un relámpago.

Los hombres del equipo de trabajadores habían conseguido dominarse y estaban sentados en el suelo, con la mirada perdida en sus propios recuerdos o rezaban de rodillas con los ojos cerrados y una expresión de paz en sus semblantes.

Mark y sus amigos formaban un grupo aparte y Cis se refugiaba en los brazos de su amado.

—Ya no puede tardar mucho —comentó Oliver en voz baja.

—El peso de las aguas, al precipitarse sobre nosotros, no nos permitirá darnos cuenta de lo que suceda —respondió Peter, queriendo llevar aquel consuelo al corazón de sus amigos.

Mark se desasió de Cis y se puso en pie.

—Voy a ver —dijo.

Con paso mesurado se acercó a una de las paredes del túnel y Peter lo siguió.

—¿Qué pretendes?

—Quiero saber si aún tendremos que esperar mucho para que termine de una vez esta angustia.

Sacó un pequeño instrumento del bolsillo, parecido a una brújula, en una de cuyas caras se veía una ventosa de goma.

Aplicó la ventosa a la pared de aluminio y el pequeño instrumento quedó fijado a la misma.

La aguja osciló durante unos segundos y luego se detuvo sobre una cifra.

El gesto de Mark se ensombreció.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Peter.

—Este aparato mide la presión exterior de las aguas sobre las paredes del túnel.

—¿Y qué?

—Aumenta por momentos. Ahora está reduciendo la tensión de curvatura de las paredes. En cuanto llegue a cero vencerá la resistencia de las mismas y seremos aplastados.

Peter fijó sus ojos en la aguja y vio que caminaba lentamente hacia el cero.

—Falta poco, ¿verdad?

—Diez minutos apenas —repuso Mark, tras hacer un breve

cálculo mental.

—Más vale que no digamos nada. Esos minutos serían de una angustia indecible para los que esperan la muerte, ¿no te parece?

—Quizá tengas razón. Con decirlo no conseguiríamos prolongar la existencia de todos nosotros.

Abandonaron aquel lugar y volvieron a ocupar su sitio junto a Cis y Carey.

Pasaron tres minutos más y nadie se atrevió a preguntar cuáles eran los resultados de la comprobación que había llevado a cabo Mark.

De pronto, éste irguió su cuerpo y un brillo de esperanza apareció en sus ojos.

—¡Aún hay una débil esperanza! —musitó.

Cis, Carey y Peter lo miraron sin comprender qué era lo que quería decir.

—No te comprendo —dijo Peter—. ¿Esperanza de qué?

—¡Quizá podamos prolongar nuestra existencia! —respondió Mark.

—Sólo un milagro podría hacerlo, querido —replicó Cis.

—¡La grieta!

Un estremecimiento de emoción sacudió al pequeño grupo.

—¡La grieta! —musitó Oliver—. ¡No se me había ocurrido pensar en ello!

—¿De qué grieta hablas? —preguntó sorprendido Peter.

—De la que encontramos Oliver y yo en la galería auxiliar. Quizá allí encontráramos refugio adecuado.

Peter no comprendía nada y Mark no perdió tiempo en explicarle. Se puso de pie y habló con voz enérgica a sus hombres.

—¡Pronto! ¡Aún hay una lejana posibilidad de retardar la hora de la muerte! ¡Levantaos y seguidme todos!

* * *

Aquellas palabras fueron acogidas con un impresionante silencio.

—¡Acabemos de una vez¡ —exclamó alguien—. ¿Para qué queremos prolongar nuestra agonía?

—¡Aún hay una esperanza! —repuso Mark.

—¡No hay esperanza ninguna! —replicó alguien—. ¡Pronto moriremos todos!

—No somos niños, señor Freeman —dijo otro—. Sabremos enfrentarnos con la muerte como hombres.

Durante varios minutos, Mark luchó por convencer a sus

hombres para que lo siguieran, pero éstos tenían el ánimo hecho a lo peor y no creyeron en sus palabras esperanzadoras.

Mark miró hacia un punto de la pared del túnel y vio que la curvatura se iba aplanando, como señal inequívoca de que no tardaría en saltar.

Con gesto rápido se acercó a sus compañeros.

—No perdáis un segundo. Coged las armas y seguidme.

El pequeño grupo se puso en pie automáticamente y Mark rodeó con su brazo la cintura de la mujer.

—Vamos —dijo.

Emprendieron una veloz carrera y se alejaron rápidamente de aquel lugar, bajo la mirada indiferente de los que se habían resignado a morir.

Ya divisaban la entrada de la galería auxiliar cuando un ensordecedor silbido se oyó a sus espaldas.

—¡El túnel ha sido vencido y las aguas comienzan a penetrar en él! —dijo Mark sin volver la cabeza.

Redoblaron su marcha y se introdujeron por la estrecha boca de la galería.

A sus espaldas se escuchaba un ruido infernal en el que se mezclaba el tumulto de las aguas con las voces desesperadas de las víctimas de la catástrofe.

La estrecha galería era iluminada por las linternas de los que componían el pequeño grupo y sus pisadas resonaban con violencia contra la blanda tierra.

—¡Ánimo! —gritó Mark—. ¡Ya estamos cerca!

Un terrible estruendo, como el de un poderoso cañonazo, sonó en la boca de la galería.

Mark sabía bien lo que significaba aquello. El túnel había cedido por completo y millones de toneladas de agua se precipitaron hacia la galería.

La estrechez de la entrada de la misma había hecho que las aguas, en su inmenso tumulto, no pudieran entrar rápidamente, produciendo aquel ruido terrible al chocar contra las paredes.

Por fin llegaron a la grieta. Unos cuantos metros más adelante podía verse la silueta del monstruoso reptil muerto por Mark.

Cis tuvo un movimiento instintivo para detenerse, pero Mark la empujó hacia el interior de la negra grieta.

* * *

—¡No perdamos ni un segundo! —gritó con enérgica voz.

Todos los del pequeño grupo se introdujeron por aquella negra

escotadura abierta en la roca y avanzaron con la fuerza que les daba la desesperación.

Al principio, el camino era tortuoso y accidentado, pero luego se iniciaba una suave rampa que les conducía hacia las entrañas mismas de la Tierra.

Un tremendo crujido se produjo sobre sus cabezas y gran cantidad de tierra y rocas cayó sobre ellos, siendo un verdadero milagro que no los aplastara.

Rodaron por tierra y sus cuerpos chocaron contra las duras aristas de las rocas.

Un profundo y persistente temblor sacudía los cimientos mismos del planeta y un trueno terrible se producía sobre sus cabezas.

Mark miró hacia atrás y no pudo evitar una exclamación de sorpresa.

—¡Se ha cerrado la grieta!

Efectivamente, el nuevo temblor de tierra había modificado sustancialmente la topografía circundante y el camino que habían seguido para llegar hasta la inmensa sima que se abría ante ellos estaba totalmente obstruido.

—Eso impedirá que las aguas irrumpan en este lugar —dijo Peter levantándose del suelo, a donde había sido arrojado por la violencia del temblor de tierra.

—¡Estoy seguro de que esto debe ser la entrada del infierno! —exclamó Oliver.

Carey se quejaba sordamente, pues una de las rocas le había golpeado con violencia las rodillas.

—¿Dónde estás, Cis? —preguntó Mark, a quien la muchacha se le había escapado de los brazos en el momento en que se iniciara el temblor de tierra.

—Aquí, Mark —contestó la voz de Cis.

Mark se volvió y la vio tendida en el suelo. Se inclinó a recogerla y le dijo unas frases de aliento.

De pronto, miró a su alrededor y un hálito de espanto atenazó su corazón.

—¡Pronto! ¡Apagad vuestras linternas! —ordenó con alterada voz.

Todos obedecieron la orden y miraron en derredor suyo.

¡Centenares de ojos fosforescentes se clavaban con fijeza estremecedora en aquel pequeño grupo de seres angustiados!

FIN DE LA PRIMERA PARTE

Cloncluirá en el próximo tomo

ROBERTO ALCÁZAR Y PEDRÍN

LAS AVENTURAS DE UN DETECTIVE ESPAÑOL Y SU AYUDANTE
son conocidas por todos los buenos catadores de aventuras gráficas.

SI USTED... no las conoce
Y GUSTA DE ESTE TIPO DE PUBLICACIÓN
SE LAS RECOMENDAMOS
si no gusta de esta clase de aventuras
con ilustraciones
RECOMIÉNDELA

al chico que desee pues se trata de la colección más
EMOCIONANTE Y SINGULAR DE CUANTAS
SE PUBLICAN EN ESTE GÉNERO

Creada por

EDITORIAL VALENCIANA

NUNCA EL ÉXITO

de una publicación ha sido tan verdad como el logrado por las

AVENTURAS DE

YUKI

EL TEMERARIO

Historia de un piel roja que luchó por su honor y por el de su tribu.

LOS CHIRICAUAS

defendiendo sus derechos y tradiciones.
Los títulos publicados:
YUKI EL TEMERARIO
TAM TAM DE GUERRA
LA LEY DEL LÁTIGO
INVASIÓN INDIA
ODIO DE RAZA
LA SOMBRA DE YUKI
JUGANDO CON LA MUERTE
EL PUENTE TRÁGICO
APARECE “TORO BRAVO”
LA CELADA DE LOS NAVAJOS

GARANTIZAN EL GRAN ÉXITO CONSEGUIDO POR ESTAS INTERESANTES AVENTURAS GRÁFICAS

COLECCIÓN
LUCHADORES DEL ESPACIO
ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

97 - El imperio milenario - *George H. White*
98 - Topo-K - *Profesor Hasley*
99 - El fin de la Base Titán - *Profesor Hasley*
100 - Pasaron de la Luna - *C. Aubrey Rice*
101 - La amenaza tenebrosa - *J. Negri O'Hara*
102 - El gran fin - *J. Negri O'Hara*
103 - Intriga en el año 2000 - *Profesor Hasley*
104 - El extraño profesor Addington - *Profesor Hasley*
105 - Sin noticias de Urano - *C. Aubrey Rice*
106 - Acción inaudita - *C. Aubrey Rice*
107 - El horror invisible - *Karel Sterling*
108 - Más allá de Plutón - *Profesor Hasley*
109 - La revancha de Zamok - *Profesor Hasley*
110 - Situación desesperada - *C. Aubrey Rice*
111 - El experimento del doctor Kellman - *J. Negri O'Hara*
112 - Los habitantes del astro sintético - *Eduardo Texeira*
113 - Los muertos atacan - *Profesor Hasley*
114 - La última batalla - *Profesor Hasley*
115 - 1958: Objetivo Luna - *Karel Sterling*
116 - La amenaza de Andrómeda - *Robín Carol*
117 - El silencio de Helión - *Robín Carol*
118 - Ventana al infinito - *J. Negri O'Hara*
119 - El planeta errante - *Karel Sterling*
120 - Regreso a la patria - *George H. White*
121 - Lucha a muerte - *George H. White*
122 - Cautivos del espacio - *Joe Bennett*
123 - Vacío siniestro - *Joe Bennett*
124 - Detrás del universo - *Karel Sterling*
125 - ¡Karima! - *Profesor Hasley*
126 - El bosque petrificado - *Profesor Hasley*
127 - Energía Z - *Profesor Hasley*
128 - Fantasmas siderales - *Karel Sterling*
129 - El túnel trasatlántico - *Profesor Hasley*

En las entrañas de la Tierra, existen parajes desconocidos por el hombre, donde la belleza es como un fantástico reclamo que sumerge a los protagonistas de

EL MUNDO SUBTERRANEO

en las más insospechadas aventuras e inevitables peligros.
El hombre se ha preparado para la conquista del espacio, para vencer en la lucha contra los hielos polares y casi ha dominado las profundidades del mar, pero en las entrañas de la Tierra, es tan singular e inimaginable

EL MUNDO SUBTERRANEO

que la aventura allí emociona y estremece. Sólo un autor personalísimo, el

PROFESOR HASLEY

ha sido capaz de crear sobre bases científicas la moderna odisea de

EL MUNDO SUBTERRANEO

que conducirá al lector por caminos de interés y emoción nunca conocidos, en la novela que se publicará en el próximo número de la Colección:

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA.

Precio: 6 pesetas